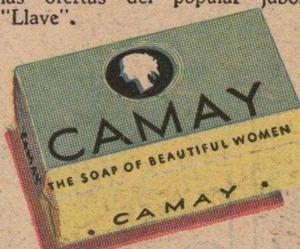
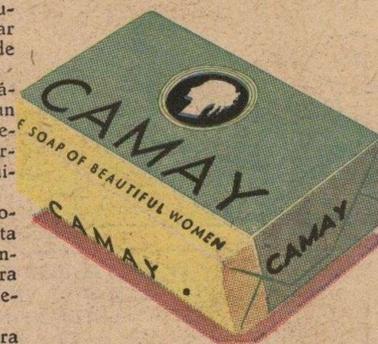
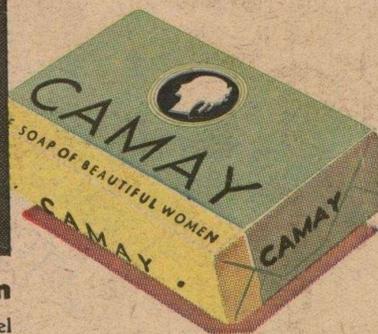
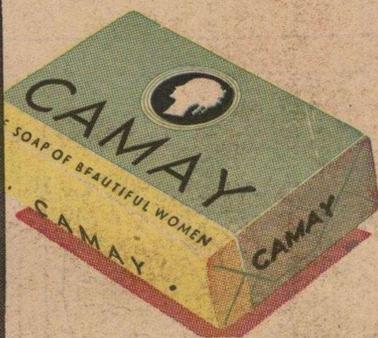
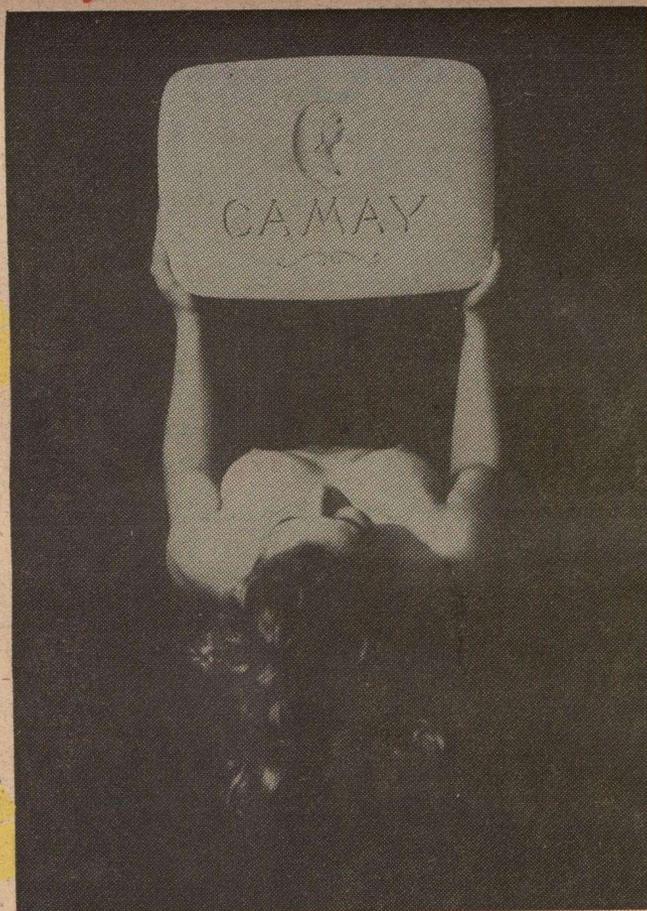
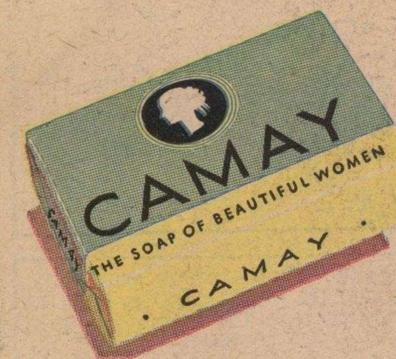
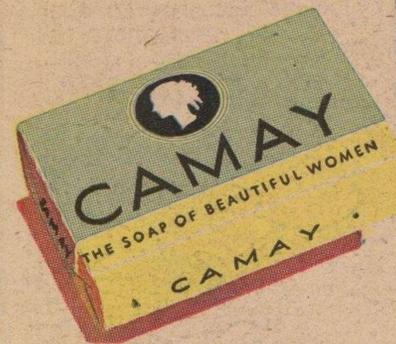
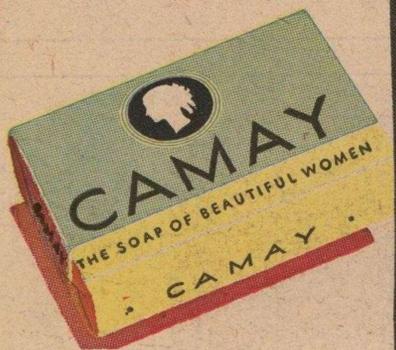


## El jabón de las bellezas



### ...una fórmula de encanto y seducción

TODA mujer se encuentra siempre en un constante concurso de belleza. Es imposible evadir la comparación y la presencia de otras mujeres ante la vista de implacables jueces.

Se juzga la belleza, la distinción, la simpatía, los encantos propios... Resalta el *cutis*... la *piel*...

Todas las mujeres ambicionan poseer un *cutis* y un cuerpo delicado y atrayente. Todos los hombres reciben el influjo de esa seducción... Valoran... destacan... *les gusta*...

Camay ayuda a vencer... Camay contribuye a poseer esa apariencia que toda mujer desea y todo hombre admira.

Una pastilla de Camay basta para convencer de que aún es posible conocer un jabón nuevo... un jabón que deja en el rostro la sensación de una delicadísima crema y en el cuerpo la fragancia de un baño de esencias.

Su acción pura y delicada beneficia positivamente a la epidermis.

Camay está destinado a crear la belleza, a cuidarla, a conservarla...

Contiene una habilidosa composición de delicados aceites que suavizan la piel, concentrando en una pastilla todo un tratamiento de belleza.

Sus valores han sido contrasta-

dos por las mujeres de todo el mundo. Y se asegura que no hay otro jabón en estos momentos en Cuba tan noble como Camay.

Se han hecho pruebas en comparación con otros jabones, sobre diferentes condiciones de la piel. Y una y otra vez ha salido triunfante Camay, considerándolo definitivamente el más delicado jabón para mantener la belleza natural.

Y no obstante sus virtudes superiores, no se puede encontrar un jabón tan bueno al precio de Camay.

Posee una condición aristocrática, pero se caracteriza por un precio popular. Cualquiera puede comprarlo y, después de usarlo una vez, si costara más, seguirían prefiriéndolo.

Usted se sorprenderá al conocer su bajo costo. Está a la venta en todas partes. Pídale hoy. Identifíquelo por su original envoltura verde y amarilla, cubierta con celofán.

Y sus envolturas sirven para conseguir los premios gordos de las ofertas del popular jabón "Llave".

# Camay

El jabón de las bellezas



# DIARIO DE LA MARINA



SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 20 DE FEBRERO DE 1938



En Este Número:

★ Vincent LOPEZ

Predice el Futuro de Algunas Estrellas

★ El Vaquero-Tenor Retorna al Lienzo

Próximamente Producciones de Hollywood

★ Gladys Swarthout

Explica Por Qué le Dieron de Tomatazos

★ Veda Ann BORG

El Culto de la Rumba Cubana

★ Las Joyas en el Desfile de las Modas

★ El Marido de MAE WEST

★ LA VIUDA ALEGRE

Viejas Postales Descoloridas



Gladys Swarthout

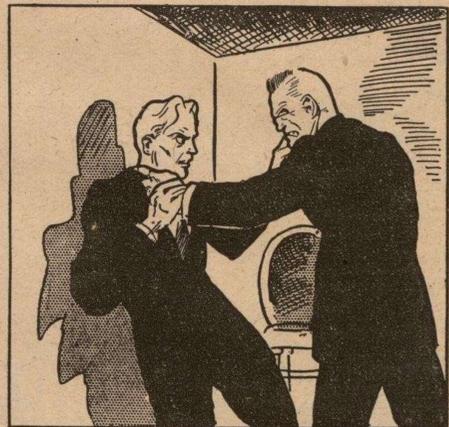


# EL AGENTE FERRER

DENNIS COLEBROOK



LA POLICIA HA TENDIDO UNA RED PARA APRESAR A PARRÓN. EN SU REFUGIO, ÉSTE INTENTA VENGARSE DE LA ARANA.



# El Regidor

Por el Margués de Lozoya

corona, por todos sus sucesores. A turbar las pláticas vinieron a deshora dos alcaldes de la villa que venían de Segovia con malas nuevas: el común de la ciudad se habían alzado en el acto de elegir sus cargos para el Concejo, habido muerte a dos corchetes y andaba derramado por las calles dando mueras contra ciertos caballeros. Suspensos quedaron por algún tiempo con estas noticias los frailes y sus huéspedes. Juan Vázquez, que era un ganadero serrano, viejo y cauteloso, que había cotizado su voto en las Cortes como si se tratase de un hato de merinas, pensó que había en la ciudad algo más que los regidores, sus parientes, a quienes fácilmente pensaba convencer, y determinó de nunca entrar en ella, sino partirse, por Villacastin, a sus casas de El Espinar. Porfiadamente con muy prudentes razones, invitó a su compañero a que le acompañase y fue-se allá su huésped. Pero Rodrigo de Tordesillas se negó a ello con viveza. Era recién casado, y en su morada le esperaban los ojos negros y los frescos labios de doña Isabel de Cardona, apasionada e impaciente.

Además, el caballero no abrigaba temores por su honor ni por su vida. Era más arrogante que codicioso; en las Cortes de La Coruña habíase deslumbrado con la presencia del sol de la majestad y con los lumináres de la corte. Los hábiles gentiles hombres del César halagaron sabiamente, con cumplimientos, cortesías y estudiadas familiaridades, la vanidad del petulante hidalgo provinciano; cido, con aforismos de la antigua sabiduría, de que la voluntad del Príncipe es siempre la suprema ley. Y desde entonces el Tordesillas había hecho cuanto la corte había querido; las mercedes obtenidas en pago de sus complacencias no eran, según los juristas cortesanos, sino pruebas del favor real, que nunca deshonra; y así, tranquilo y seguro de sí mismo, se despidió de Juan Vázquez y de los frailes y tomó a buen trote el camino de Segovia.

Entró ya muy de noche por la puerta de San Cebrián, separada tan sólo de sus casas por un derrumbadero despojado; cuando en ellas se supo la llegada del dueño, sobresaltóse doña Isabel, que la temía ahora tanto como antes la esperaba; alborotáronse parientes y criados; ladraron alegres los lebreles. Rodrigo de Tordesillas tuvo para cada cual una buena palabra, y en el patio, hincada en tierra la rodilla y en la mano la gorra, besó las manos de la dama, que lloraba de miedo y de gozo. Bien pronto la arrogante confianza del caballero, contenta de verse en su casa fuerte, rodeado de gente tan leal, sosegó el corazón de todos; doña Isabel llevó a su esposo hasta su cámara, y en ella le sirvió por sí misma una colación, por improvisada y por así servida, más gustosa; festiva y alegre como festín de bodas.

A los labios llevaba el caballero la última copa de vino generoso cuando hicieron temblar toda la casa los fortísimos aldabonazos con que alguien, de extraños bríos e impaciencia, golpeaba la puerta principal; ladraron los canes, volvió a latir violentamente el corazón de la dama, y el mismo caballero palideció

un poco e hizo ademán de tomar su espada. Ya en esto un escudero se había asomado, protegido por un broquel, al aji-



mez que abría sobre el portón; pero no pudo ver sino a un embozado, que clamó en altas voces:

—Digan al señor Rodrigo de Tordesillas que no vaya mañana al Ayuntamiento si no quiere que le suceda una desgracia.

Y se perdió luego en los desmontes que bajan a la muralla.

Rompió en lágrimas la bella doña Isabel, y sus brazos gordezuelos rodearon el cuello del esposo, el cual, muy turbado, pretendió acallar con altas voces los negros presentimientos que invadían su corazón: ¡Ah, bien os conozco, caballeros de los rajes!

Linajes, que no queréis sino amedrentarme para que mañana quede afrentado no sentándome en mi banco del Ayuntamiento! ¡Ah, Rodrigo, Fernández, Gonzalo de Tapia, Diego de la Hoz, desde cuánto tiempo sé de vuestras mañas! Pero habían de clavarme un puñal en la garganta y no dejari de dar mañana cuenta de mi procuración. ¡Y quedaréis confusos cuando brille al sol lo que hice para que la ciudad sirva al Rey como debe!

Doña Isabel sonreía sin dejar de llorar, contemplando el brioso gesto y el gallardo ademán del iracundo caballero; al cabo éste olvidó su cólera para gozarse en aquella sonrisa, y poco a poco, los dos esposos reanudaban sus dulces coloquios, olvidados de la magnificencia del Emperador de los tumultos del pueblo y de las tramas de los caballeros ciudadanos.

En cuanto amaneció el último día de mayo Rodrigo de Tordesillas comenzó a ocuparse de su atavío, procurando con este quehacer serenar el ánimo y llenar el de doña Isabel; procuró que sus galas fuesen tanuntuosas y lozanas como corresponde a persona que viene de la corte con el favor real. La ingenua crónica de la ciudad nos ha conservado el recuerdo de las ropas con que el malaventurado caballero se engalanó para la muerte; jubón y calzas de negro terciopelo, tabardillo de un rico paño carmesí y gorra de terciopelo morado, «autoridad y gala mucha de aquel tiempo»; contento de verse tan aderezado, abrazó a la noble esposa, que luego fué a postrarse a los pies de un Crucifijo, acarició al más querido de sus canes y, montando en su buena mula torca, rodeado de sus escuderos, que iban a pie, con rodela y espadas, tomó por las callejas del barrio de la Trinidad; al resonar sus pasos en el empedrado, entreabríanse las hojas de las ventanas y se adivinaban figuras de mujeres tras de las celosías; el regidor miraba a todas partes, afirmando el cuerpo sobre los estribos y gozándose en la curiosidad recatada que su presencia producía.

Los arcos dorados de la vieja parroquia, el convento de Santa Clara y algunas casacas que fueron de judíos componían la plazuela de San Miguel, casi desierta a aquella hora; unas palomas picoteaban en el suelo, lleno de sol; en la bocacalles conversaban algunos menestrales, que se destacaban reverentes al pasar entre ellos el arrogante jinete.

En aquel pórtico de la iglesia donde los regidores de Segovia coronaron por Reina de Castilla a la grande Isabel, tomaban el sol, esperando la hora del Ayuntamiento, los caballeros de los Linajes, que comentaban indignados los sucesos de la víspera y no dejaban de ha-

cer funestos augurios sobre aquella exaltación de la gente ruin, que nada respetaba; todos se levantaron con mucha cortesía para dar la bienvenida al recién llegado, y los porteros se aprestaron a abrir sesión, al aire libre, frente al pueblo, conforme al uso antiguo; pero Rodrigo Fernández Ossorio pidió que aquel día se entrasen en la iglesia, para tratar de grandes y secretas cosas, que pedían ser apartadas de la vista del común de los vecinos. En vano protestó, alterado, Tordesillas, de que era su intento descargarse ante el pueblo de su procuración, pues todos los regidores pusieron de parte del Ossorio, porque la plaza se llenaba poco a poco de gente arrabalera; y el procurador hubo de entrarse con dad le quitaron la confianza que el sol ellos en la nave, cuya penumbra y frialdad fuera le infundía; arrodillado ante un bulto de piedra que representaba a Nuestra Señora en su quinta angustia, con el Cristo muerto en el regazo, oró por algunos instantes.

Asentáronse los capitulares en dos bancos, cubiertos de viejo terciopelo, en los que, desde los días de don Alonso el Noble, se afrontaban los linajes de Díaz Sanz y de Fernán García; en las gradas del altar mayor se puso la mesilla de los escribanos, y entre los bancos, en una silla rasa, quedó Rodrigo de Tordesillas hasta que, justificado, pudiera tomar lugar entre sus compañeros. Un rayo de sol descendía de un tragaluz a posarse en el retablo donde está pintado el arcángel San Miguel, como un bello garzón de melena dorada, vestido de un rico arnés, levantando la espada con la diestra y teniendo en la siniestra una balanza de oro. Resplandeciente imagen y figura de la Justicia de Dios.

XVIII

Alzóse de su banco Rodrigo Fernández Ossorio, mudado el rostro, de ordinario afable y risueño, por una desusada gravedad; era su gesto tan solemne, había tanta autoridad en su mirada, que Tordesillas sintió que su calma se desvanecía y que un pavor desusado se le entraba en el corazón.

En el viejo caballero estaba en aquel momento la ciudad enhiesta, alcándara de gavilanes, la que desde su roca almenada domina los lugares de la comunidad; la de los caballeros y parientes mayores, dueños de casas torreadas, la de los bandos de Díaz Sanz y de Fernán García. Comenzó el regidor a hablar con palabra mesurada, en períodos que naturalmente fluían firmes y rotundos como inscripciones compuestas para ser esculpidas en bronce:

—Rodrigo de Tordesillas, la ciudad os dió a vos y a Juan Vázquez su procuración bastante para que llevarais su voz en las Cortes que Sus Altezas convocaron en Santiago de Compostela y mantuvierais su derecho; ahora habréis de dar vuestro descargo para que, si cumplisteis como buen caballero con vuestro mandato, quedéis quitos y libres, y si, lo que Dios no quiera, hubierais ido contra él, paguéis con vuestra persona y con cuanto habéis.

El decrepito escribano comenzó a leer,

# Los Esposos Coliflor

POR POP MOMAND

con su voz trémula y cascada, el mandato de la ciudad. Primeramente se mandaba a los procuradores que protestasen la Reina Doña Isabel quitó a la tierra ante el Rey de los dos mil vasallos que de Segovia, con el sesmo de Casarrubios para dárseles al marqués de Moya. Rodrigo de Tordesillas descargó diciéndole que el servicio del Rey y la paz del Reino, tan alterado, pedían que aquel asunto no se moviese; pero notó que las palabras «servicio del Rey», que lo eran todo en Santiago y en La Coruña, sonaban bajo las bóvedas de San Miguel muy de otra manera; y así, no pudo menos de conmoverse cuando le fueron leídas otras cláusulas del poder: que no quisiese votar nuevos impuestos, que suplcase que no se dieran a extranjeros los oficios del Reino. El rumor de la plaza iba en aumento y cubría casi la voz ronquilla del lector; sin duda la gente que rodeaba la parroquia de San Miguel era ahora mucha: se oía ruido de voces, de discusiones acaloradas; alguna vez daban golpes en



la puerta, que resonaban temerosamente en los ámbitos del templo. Pero los regidores, apasionados por el debate en que se disputaba la honra de su compañero, estaban más atentos al silencio de Tordesillas que al tumulto de la plaza. Rodrigo Fernández levantóse otra vez y dijo: —Rodrigo de Tordesillas, decidnos ahora, a estos caballeros y a mí, por qué razones votásteis contra el mandato los servicios del Rey. El sol se había nublado y reinaba en la iglesia una temerosa oscuridad; el bullicio de fuera era como un mar cuyo oleaje se estrellase contra las puertas de la iglesia, haciéndolas crujir. Apenas si se oyeron las confusas razones con que el procurador se disculpaba; bien com-

prendía ahora que todos los regidores le eran hostiles, salvo dos o tres letrados que se destacaban cuando sonaba el nombre del César. El implacable Ossorio sacó del jubón unos papeles y, cortando el torpe discurso del procurador, dijo con clara y recia voz: —Decidnos si en vuestro voto tuvieron parte trescientos ducados, un corregimiento y otras cosas que se os dieron para que hicieréis traición a la ciudad. Al oír la tremenda acusación levantáronse aborrotados los regidores. Rodrigo de Tordesillas quedó abrumadora bajo el peso de aquellas «honrosas muestras de favor Reales», tan a destiempo sacadas a luz en tal lugar. En aquel momento una

plio con la mirada, y notó la única vía por donde la huida fuera posible: por la escalera de la torre podía subir a los desvanes; por las bohardillas, salir finalmente a los tejados, y desde ellos no era difícil ganar los de ciertas casas medianeras; sus compañeros de Ayuntamiento, que más querían su humillación que su muerte, no se opondrían a la fuga. Pero la vista de Rodrigo Fernández, en pie todavía, con una sonrisa despectiva fija en el rostro, le hizo recobrar su arrogancia y mudar de parecer. ¡Todo era preferible a soportar aquella humillación, a pedir por suprema gracia a los regidores que le dejasen escapar por los tejados; como un gato acusado! Y luego, aquella muchedumbre que clamaba fuera era qui-

En vano procuraron los regidores llegar hasta su compañero para impedir que la gente pechera juzgase a uno de los suyos. Rodrigo Fernández, más arido, jugando con su espada como en los recios días de su juventud, logró casi llegar hasta el desventurado hidalgo, y gritó a los que le llevaban: —Dejad a este caballero, que la ciudad ha de juzgarle y castigarle, si es mester. Pero, volviéndose a él, dijo un oficial de tundidor: —Señor Rodrigo Ossorio, la ciudad somos nosotros y ya le hemos juzgado y condenado. Y un mocetón, de los más descompuestos y furiosos, añadió: —Un lobo a otro lobo no muerde; no vuestras mercedes, sino nosotros, habremos de pechar las derramas que ese traidor votó; que nos las pague ahora que está en nuestras manos.

Rodrigo Fernández pensó que aquello era genticilla ruin, incapaz de resistir el choque de las armas y corrió a sus casas para convocar a sus parientes y escuderos, para armarlos a toda prisa con ballestas, picas y rebacues y remeter contra la turba embravecida de los menestrales. En tanto, la multitud tomó por la calle Real, empujando y oprimiendo hasta casi ahogar al malaventurado caballero, al cual cada uno, con un anhelo de sangre que aun a los más pacíficos embriagaba y enloquecía, procuraban golpear y herir con toda suerte de plebeyas e improvisadas armas. Al llegar ante la cárcel pública, enfrente da San Martín, Rodrigo de Tordesillas vislumbró un resplandor de esperanza pensando que le encerrarían dentro de aquel recinto, a lo menos para dejarle prepararse a bien morir, y miraba ansiosamente a los sombríos muros, no de otra manera que un naufrago en tempestad deshecha al codiciado puerto; pero aún hubo de renunciar a aquel respiro, pues las puertas estaban cerradas, y la gritadora turba, con su víctima, siguió calle abajo. Ciego por la sangre que por frente le manaba, aturcido por los golpes y el vocerío, aun comprendía Tordesillas que si caía al suelo sería pronto despedazado, y el inconsciente anhelo de vivir le hacía luchar desesperadamente para tenerse en pie; pero un mozo perchador le quebró las piernas de un golpe de su pértiga, y rodó por el polvo. Entre el alegre clamoreo de aquella gente cruelesísima, trabáronle una cuerda por el cuerpo para arrastrarle y comenzó la tremenda agonía del caballero.

zás más fácil de convencer que los caballeros de los Linajes; la plebe le quería, y quizá se dejase ganar, como otras veces, por su gallardo talle, por su osadía, por su fácil palabra; tomó, pues, su partido, y, volviéndose a Rodrigo Fernández Ossorio, dijo: —Pues vuestras mercedes no oyen razón, la diré a voces ante todo el pueblo, para que me haga la justicia que se me niega. Corrió, como un loco, a la puerta del ciego, que daba al cementerio, y antes de que los regidores, desconcertados, pudieran impedirlo, hizo que se la abriesen los porteros. Y apareció, deslumbrado, en el dintel, pálido como un muerto, la gorra en las manos, ante la confusa turba desgarrada: obreros de los paños, venidos Dios sabe de dónde; moros de la aljama, conversos de la judería, que se agitaban a la viva luz matinal.

—¡Salga fuera Tordesillas, o derribaremos la iglesia! El desdichado caballero se dió cuenta entonces del peligro exterior, más terrible aún que la justicia del Ayuntamiento; recordó que la plebe que voceaba fuera había dado el día anterior, muerte cruelísima y horrenda a dos ministros de la justicia real; tuvo miedo, y pensó en huir; pero, ¿dónde estaba el camino para salir de aquella iglesia, rodeada por todas partes? Tordesillas recorrió el tem-

plio con la mirada, y notó la única vía por donde la huida fuera posible: por la escalera de la torre podía subir a los desvanes; por las bohardillas, salir finalmente a los tejados, y desde ellos no era difícil ganar los de ciertas casas medianeras; sus compañeros de Ayuntamiento, que más querían su humillación que su muerte, no se opondrían a la fuga. Pero la vista de Rodrigo Fernández, en pie todavía, con una sonrisa despectiva fija en el rostro, le hizo recobrar su arrogancia y mudar de parecer. ¡Todo era preferible a soportar aquella humillación, a pedir por suprema gracia a los regidores que le dejasen escapar por los tejados; como un gato acusado! Y luego, aquella muchedumbre que clamaba fuera era qui-

trás de querer oírle, cuando un desnoceado, envenenado en una capa de bayeta y cubierto casi el rostro con una gorra de baldas, le interrumpió diciendo: —Tordesillas, dad acá los capítulos de lo que habéis hecho. Sacó el procurador un memorial y se lo tendió al incógnito, que por su aspecto parecía de más alta condición que los circunstantes, el cual lo rasgó en pedazos, al tiempo que decía: —Merece este papel ser así destruido, pues sólo contiene mentira y traición. Rodrigo de Tordesillas hibo además de sacar la espada para responder a la afrenta, y la muchedumbre, irritada por el altivo gesto, rompió de nuevo en el más furioso griterío. El caballero vio su causa perdida; conoció que iba a morir y, cerrando los ojos, se encomendó a Dios y pensó en doña Isabel. La gente había cerrado el paso hacia la iglesia; estaba solo, en espantoso desamparo, en su ciudad natal, en la que eran tan numerosos sus amigos y sus parientes; las ondas de aquel mar comenzaron a arrastrarle hacia el centro de la plaza.

En vano procuraron los regidores llegar hasta su compañero para impedir que la gente pechera juzgase a uno de los suyos. Rodrigo Fernández, más arido, jugando con su espada como en los recios días de su juventud, logró casi llegar hasta el desventurado hidalgo, y gritó a los que le llevaban: —Dejad a este caballero, que la ciudad ha de juzgarle y castigarle, si es mester. Pero, volviéndose a él, dijo un oficial de tundidor: —Señor Rodrigo Ossorio, la ciudad somos nosotros y ya le hemos juzgado y condenado. Y un mocetón, de los más descompuestos y furiosos, añadió: —Un lobo a otro lobo no muerde; no vuestras mercedes, sino nosotros, habremos de pechar las derramas que ese traidor votó; que nos las pague ahora que está en nuestras manos.

Rodrigo Fernández pensó que aquello era genticilla ruin, incapaz de resistir el choque de las armas y corrió a sus casas para convocar a sus parientes y escuderos, para armarlos a toda prisa con ballestas, picas y rebacues y remeter contra la turba embravecida de los menestrales. En tanto, la multitud tomó por la calle Real, empujando y oprimiendo hasta casi ahogar al malaventurado caballero, al cual cada uno, con un anhelo de sangre que aun a los más pacíficos embriagaba y enloquecía, procuraban golpear y herir con toda suerte de plebeyas e improvisadas armas. Al llegar ante la cárcel pública, enfrente da San Martín, Rodrigo de Tordesillas vislumbró un resplandor de esperanza pensando que le encerrarían dentro de aquel recinto, a lo menos para dejarle prepararse a bien morir, y miraba ansiosamente a los sombríos muros, no de otra manera que un naufrago en tempestad deshecha al codiciado puerto; pero aún hubo de renunciar a aquel respiro, pues las puertas estaban cerradas, y la gritadora turba, con su víctima, siguió calle abajo. Ciego por la sangre que por frente le manaba, aturcido por los golpes y el vocerío, aun comprendía Tordesillas que si caía al suelo sería pronto despedazado, y el inconsciente anhelo de vivir le hacía luchar desesperadamente para tenerse en pie; pero un mozo perchador le quebró las piernas de un golpe de su pértiga, y rodó por el polvo. Entre el alegre clamoreo de aquella gente cruelesísima, trabáronle una cuerda por el cuerpo para arrastrarle y comenzó la tremenda agonía del caballero.

Con imponente majestad, los frailes de San Francisco salieron al encuentro de los menestrales llevando a Jesús Sacra-



# AGUILA AZUL

Por *Willis Rensie*

VIENDO QUE AGUILA AZUL ES UN ESPADACHÍN SUPERIOR Y QUE TIENE VENCIDO A MANO MANCA, MORGAN DECIDIÓ ESCAPAR, PERO ANTES DE SALIR POR LA PUERTA LE LANZÓ EL PUÑAL A AGUILA AZUL.



¡TOMA ESTE RECUERDO MÍO, AGUILA AZUL!



¡AL OIR ESTO, AGUILA AZUL SE VOLVIÓ A TIEMPO DE EVITAR LA PUÑALADA!



—MIENTRAS MORGAN SE LANZABA AL MAR---



MANO MANCA SE ABALANZÓ ENTONCES SOBRE AGUILA AZUL CREYÉNDOLO DESPREVENIDO.



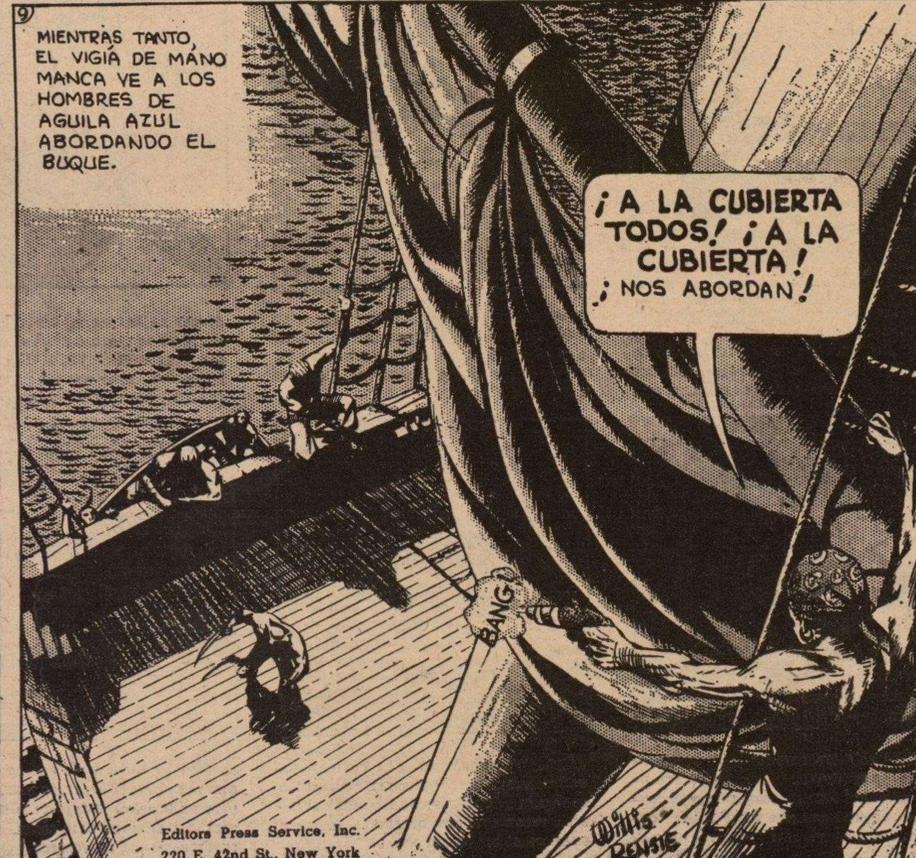
¡NO TE PRECIPITES, MANO MANCA! ESTÁS MUY CANSADO... VOY A DARTE UNA LECCIÓN DE ESGRIMA.



PRIMERO TE HAGO LEVANTAR EL BRAZO, CON TU ARMA, Y---



—NUEVO LA MUÑECA Y TE HAGO SALTAR DE LA MANO LA ESPADA--



MIENTRAS TANTO, EL VIGÍA DE MANO MANCA VE A LOS HOMBRES DE AGUILA AZUL ABORDANDO EL BUQUE.

¡A LA CUBIERTA TODOS! ¡A LA CUBIERTA! ¡NOS ABORDAN!



--DE MANERA QUE QUEDAS A MI MERCED--; UFF, MANO MANCA, PARECES UN BUHO ESTOFADO!

mentado; iban de dos en dos, con la vista fija en el suelo, cantando los tremendos trenos de los salmos penitenciales; al frente de ellos, el padre guardián alzaba la Custodia con sus manos temblorosas; se inundaba de lágrimas su rostro, porque era hermano de Rodrigo de Tordesillas y con ternura de padre le quería; al afrontarse con los sublevados, cerraron la calle los religiosos, postrados de rodillas, y el guardián quedó solo en pie, levantando sobre su cabeza la Hostia de Paz; con la voz cortada por los sollozos pidió a las gentes, por aquel Dios, Creador y Redentor del mundo, que no matasen así a aquel caballero, sino que, a lo menos, le dejasen confesar pues a grandes voces lo iba pidiendo.

Tan ciegos iban los verdugos que alguno gritó: —Apartaos, padre, que ese mismo Señor que tenéis en las manos nos manda que ahorquemos a Tordesillas.

Hubo algunos, menos rigurosos, que dejaron que un fraile se acercase a recoger la confesión del procurador, cuyo cuerpo, casi desnudo, estaba cubierto de polvo y de sangre; pero como el religioso hiciese ademán de aflojar algo la cuerda, le arrancaron la víctima de las manos y, arrojando a los piadosos frailes, siguieron con ella hasta la cruz del Mercado.

Algo más arriba se arrojaron sobre la turba, acrecida con el gentío de los arrabales, algunos caballeros vestidos de hierro y armados de todas armas. Rodrigo Fernández, a caballo, les guiaba, y embistió furiosamente a los pecheros, hiriendo a muchos con su separa Enriqueña, que era de virtud; pero ni sus adargas y paveses, ni sus picas y arcabuces, valieron aquel día a los hidalgos; el inmenso número de furiosos menestrales les atropelló luego, oprimiéndoles contra los muros de la iglesia; el Ossorio, desde su caballo, pudo ver cómo el grupo seguía calle arriba arrastrando a Tordesillas, que aún braceaba con las ansias de la muerte.

Rodrigo Fernández Ossorio, vencido por primera vez en su vida, y no por caballeros, sino por tundidores y pelaires, hubo de tomar, ciego de ira el camino de su casa, acompañado de los suyos, descompuestos y maltrechos. Pensaba el soberbio regidor por el camino que sus tiempos eran ya pasados y que él y sus prientes suponían ya poco en la ciudad, que antes por sí solos representaban; que sus casas-fuertes, sus armerías, sus escuderos, quedaban anulados ante dos fuerzas que en Castilla se hallaban frente a frente; el Poder real, que los humillaba y despojaba, y aquella turba que ya no conocía su autoridad. Y el caballero se encerró en sus casas, en las cuales hizo cerrar, en señal de luto y afrenta, puertas y ventanas.

XIX

En la casa de los Ossorio dicen todos, mi señora doña Aldonza, que andáis estos días tan distraída de la oración y de las labores que no parece sino que os movéis dormida y que habláis soñando. ¿Por qué os azoráis por todo como un niño? ¿Por qué lloráis sin motivo y reís a deshora?

¡Oh cómo os han trocado las acordadas músicas que suenan todas las noches en la calleja de San Juan, al pie de vuestra ventana, las palabras de miel y de fuego, las rendidas pletesias de aquel caballero que sabéis!

Quando os besa las manos, parece que os las quemaa cuando os habla, os turba toda; cuando os mira, os encadena el alma con lazos fortísimos y graves; teméis su vista, y, si algún día no parece, no encontráis alegría ni sosiego. ¡Ah, mi señora mi señora! ¿Dónde fué la firmeza de aquel propósito de pasar la vida en silencio y soledad ofrecida a la memoria del esposo muerto? ¿Dónde aquel sentimientos de gratitud al generoso hi-

daigo, de compasión al mozo enfermo, para su visita de despedida, para el amanecer del otro sol habrá de partirse para su torre de Cantiveros. Y en un momento que ha podido hablarla a solas, en el hueco del ajimez, ha vertido en su oído tales palabras que brillan en su mente todo el día, encendidas como el fuego; el caballero la ha pedido, tan porfiadamente como pide el agua un enfermo con sed de calentura, sobre la dulzura y la humildad de un infante, la gracia de verla aún antes de partir. Todo podía hacerse sigilosamente: a media noche asomaría ella a la ventana de la cámara de las alcándaras, sobre el adarve que da a la ronda de Santa Lucía, y él sabría trepar por las grietas de la roca y los sillares de la muralla hasta poder verla y hablarla; en lo que le iba no menos que la vida, pues de no conseguir aquel alivio buscaría desesperado a la muerte hasta topar con ella.

Amor, yo nunca pensé que tan poderoso fueras, hasta agora que lo sé.

Todo es lucha ahora, todo turbación y desasosiego en la noble dama, tan serena antes y tan resignada. A veces considera su amor nuevo como un perjuicio, como un crimen, y preferiría la muerte al solo pensamiento de renunciar a él; ya no hay noche tranquila para ella, ni día claro y sosegado; la oración, en que tan fervorosa solía ser, no brota ahora sino de sus labios, en tanto que en su fantasía, hasta que la imagen del arrogante avilés vence a todas y acaba por reinar sola y señora.

Encendiéndose el lindo rostro de la infanzona como el de un niño en falta, y corrió a cultivarse en su cámara; allá, de hinojos en el suelo, con las llaves apretadas contra el seno y hundida en el lecho la frente, dejó correr sus lágrimas por mucho tiempo.

Toda la tarde, dolorosa eternidad, dura el pelear sin tregua entre la memoria del muerto, entre su propio decoro y aquellas palabras que la martillean incesantemente el cerebro y el corazón. Si



de quien se ha dejado vencer en la primera batalla, y él la dió alientos para dedit al escudero, cuando entraba a tomar órdenes para el día siguiente, con un aplomo que la espantó a ella misma:

—Diego, dadme las llaves de las alcándaras, porque mañana quiero guarir yo misma al gerifalte que Juan Velázquez me trajo de Cuéllar.

Mírola el mozo, comprendiendo demasiado lo que pecaba, y al cabo le entregó las llaves con estas palabras:

—Todavía, mi señora, puesto que así lo queréis; pero mirad que os dejo con ellas la honra de mi señor y hermano que en gloria esté.

Apagada en sangre la hoguera de sus pasiones, la ciudad pasaba por días de extraño desconcierto, de singular turbación; el miedo ganaba todos los corazones como un frío contagioso y sutil; por miedo a los menestrales, nadie osaba quitar de la horca del Mercado los cadáveres de las víctimas, ni aun espantar las aves que se posaban en sus cabezas, y se encastillaban los caballeros en sus casas-fuertes; por miedo a la justicia salían por las puertas de la ciudad los más culpados, y paraba el ruido de batanes y de telares; el Ayuntamiento enviaba mensajeros a los regentes disculpándose de lo ocurrido y demandando la Real benignidad. Pero el Consejo, airado, determinó considerar a toda la ciudad como culpable y enviar a ella, para ejecutar el castigo, al tremendo castellano Rodrigo Ronquillo, que siendo alcalde de ella había dejado nombre de riguroso juez, asistido de mil soldados de a caballo. Cuando se supo esta noticia, la reacción de los ciudadanos fué rápida y eficaz. Olvidadas las recientes querrelas, acordáronse caballeros y menestrales y, recobrando el ánimo se dispusieron serenamente a resistir a la injusticia hasta perder sus bienes y su sangre. Comenzaron a discurrir por las calles cuadrillas de diversa condición, voceando:

... ..

—¡Viva el Rey y la Comunidad, y mueran los malos ministros

Y con el fervor que este grito despertaba, las gentes hablaron de formar Comunidad ciudadana, y comenzaron a llamarla santa.

Rodrigo Fernández Ossorio, juzgó, al ver atacada su ciudad contra fuero y justicia, que era su deber dejar su orgulloso retraimiento para defenderla. Parecióle oír la voz de sus pasados, que desde sus sepulturas, en las parroquias y en los conventos, le invitaban a defender el patrimonio de honra y hacienda comprado con su sangre; y comenzó a salir de sus casas y a concurrir a los Ayuntamientos.

Por su consejo se quitaron las varas a los tenientes de corregidor, representantes del Poder real, y con grandísima alegría vió cómo la ciudad nombraba por sí misma sus alcaldes ordinarios, como en los recios días del Rey Don Enrique. El regidor, con nuevos bríos, tomó parte en las tareas militares de cerca el Alcázar, donde se hiciera fuerte con sus gentes el conde de Chinchón, de organizar guardas y rondas en la muralla, levantar barreras y palenques y encadenar las calles. Para armar a los ciudadanos hizo el sacrificio de su rica armadura; y así, el terrible alcalde Ronquillo halló a la ciudad tan apercebida y determinada que hubo de retirarse con poca gloria a Arévalo, y de allí a Santa María de Nieva, donde asentó plaza de armas y tribunal de justicia, sin otro re-

un momento parece que ha de vencer el recuerdo del esposo, el amor, expertísimo en arduos de guerra, usa de una artimaña sutil, como de capitán viejo y astuto: ¿Y si por tu culpa—dice quedamente a doña Aldonza—se busca la muerte, y muere desesperado, y se pierde su ánimo para Nuestro Señor? ¿No fuera más piadoso hablarle esta noche para ver de serenarle y que parta resignado ante lo imposible? ¿Qué sufriría con ello tu cristiandad ni tu decoro? Y la niña viuda, como tantas otras antes y después de ella, se dejó ganar por estas razones y determinó salir aquella noche a la ventana de Santa Lucía.

Guardaba las llaves de la cámara de las aves Diego de Canencia, el halconero. ¿De qué manera se las habría de pedir? ¡Oh, qué gran vergüenza si, como no podía por menos, adivinada su secreto el criado y amigo de Gonzalo Fernández!

Dudosa estuvo algún tiempo doña Aldonza.

Rugar en lugar, haciendo correr el campo por fines y balísticos que prendían y justificaban a cuantos eran osados a aventurarse por fuera de los muros.

¡Grandes días aquellos para los pajes de Rodrigo de Ossorio! Se acabaron las duras lecciones y la férrea disciplina, por que Pedro Gonsalvo, el escudero viejo, estaba atareado en otras cosas más graves, y el orden de la casa y el servicio de damas y de caballeros andaba harto relajado. La ordinaria ocupación de los mozelos, desde que el sol asomaba era correr las rúas, pertrechados con ciertos despojos de la saqueada armería de su gran señor: Rodrigo de Viberos, con un gran yelmo y un viejísimo coselete, atado con sogas por falta de correas; Francisco de Avendaño, con una cuera de malla, deshecha de puro traída; Alonso Fernández, con unas famosas coracinas que vieron la rota de Alarcos. Armados con venablos del itmepo del señor Emperador Don Alonso, hacían la ronda de las murallas, visitaban los puestos de guardia y oteaban entre las almenas, procurando avistar a lo lejos la tropa de Ronquillo. Algunas veces llegaban hasta el foso del Alcázar para insultar a los sitiados, a riesgo de que les pasase el cuerpo una saeta. Si por acaso topaban con pajes de los Contreras, que pasaban



por imperiales, les embestían a pedradas, hasta que dos o tres de ellos quedaban con los sesos fuera, o, por lo menos, rota la nariz o algunos deintes. Los más letrados pensaban estar en la ciudad de Troya sitiada por los tucros, y el que menos se creía un Héctor.

Anochecido, en la sala de escuderos eran grandes la bulla y la algazara; olvidados quedaban en su alacena el «Amadís» y «La Celestina», pues ya todos, grandes y chicos, no hacían sino comentar los sucesos del día. De vez en cuando, un escudero de otra casa entraba, dándose importancia, con la noticia del alzamiento de alguna nueva ciudad castellana, o de algún revés de los imperiales; bebía un trago en albricias y se partía a divulgar sus nuevas por otras estancias. Un día dijo un escudero de Sancho Falconi;

—A mediodía vi a ese caballero a quien llaman don Pedro de Villatoro que armaba unos pasavolantes en la puerta de Santiago. ¿Qué hace aquí ese avilés? ¿Por qué no se va a defender su ciudad y nos deja a nosotros que nos entendamos con la nuestra?

—Tiene miedo al alcalde Ronquillo—dijo uno—, que guarda el camino con sus rodeleros.

—O mejor creed, señor—añadió otro—, que le detienen los ojos negros de don Alonza Velázquez, la viuda, que dicen que e quiere bien.

Rieron todos, y os pajes miraron a Alonso, que había mudado el rostro al oír el nombre venerado de su señora pronunciado tan livianamente en tal lugar; poco a poco el muchacho fue saliendo de su estupor para encenderse er cólera. ¿Cómo aquellas villanas lenguas osaban mancillar el nombre de la hidalga, que vivía tan limpia y santabien por el ánimo de su marido y sin otro anhelo que recluirse en un convento? ¿Cómo podría él consentir que se nombrase sin reverencia a lo más puro, a lo más santo que había sobre el haz de la tierra? Por segunda vez en su vida, Alonso Fernández se sintió capaz de refír solo contra todos. Se oyó

Aparáronse, burlones, los escuderos María, de negros y redondos ojos de torpato hacer campo al arrogante retador; pero Diego de Canencia, que contenía apenas su despecho, llegóse a su amigo, y le dijo al oído estas palabras:

—Dejad esos bríos, Alonso, que no es razón de usarlos ahora. ¡Ciego debéis de estar, pues no habéis visto que cuanto dicen estos hombres es verdad!

Cerró los ojos el paje, tan espantado como si hubiera sentido derrumbarse la bóveda que le cubría; arrojó luego la espada en el centro de la pieza y, fuera de sí, huyó por la escalera de la torre, entre la algazara despiadada de sus compañeros. Le siguió el escudero los pasos y le halló en la terraza, sentado en el adarve, llorando desconsoladamente aquella ilusión rota, aquel gran desamparo; sumido en la terrible crisis que convierte en hombres a los niños cuando el primer desengaño hace dudar de todo y deja un tremendo vacío en el corazón. Entre sollozos, el paje llamaba a su madre, aquella Ana Galinda a quien antaño había preterido por amor a la noble dama, cuya flaqueza ahora se le descubría. Sentóse a su lado el rudo halconero y, con cariño de hermano, le dijo:

—Sosegaos, loquillo, que ninguna mujer merece esas lágrimas.

Y luego, dulcificando aún más la voz, continuó:

—Alonso, ¿cómo no adivinabais lo que pasaba en nuestra señora? ¿No la veíais tan sobresaltada siempre y como fuera del mundo? ¿No notabais que no estaba con vos cuando os hablaba?

Seguía llorando el paje y llamando a la madre ausente. Diego de Canencia, como hablando a solas, continuó:

—Más que a vos me duele a mí lo que pasa, porque conocí a vuestro padre y fui como su hermano. Pensé en matar a ese judío, hijo de Barrabás; pero no soy armado caballero para hacerlo cara a cara, en buen combate, y no tengo ánimo para entrarle por las espaldas un venablo que le rompa el corazón; por esto no quiero quedarme en las casas de Rodrigo de Ossorio, y tengo determinado irme de ellas y buscar fortuna.

—Y si vos partís, ¿cómo podré quedarme? Tendría que sufrir las burlas de los pajes y hasta los mozos de cuadra me afrentarían. Llévame con vos y dejadme en el primer monasterio que toquemos al paso.

—¿Y Rodrigo Fernández, mi amo? Grande traición le haría al sonsacarle de su casa al nieto.

—Mi abuelo no ha vuelto a pensar en mí desde que me trajo a su casa; anda ahora tan ocupado en las cosas de la ciudad, que no ha de notar nuestra falta; hace tiempo tenía yo pensado hacerme faile, pero tuve miedo de se lo decir.

El escudero quedó un momento pensativo, y dijo:

—Verdaderamente, no es bien que el hijo de Gonzalo Fernández siga sirviendo a la que no ha sabido guardar la memoria del muerto. Sea como queréis, Alonso; mañana tenderemos el vuelo bien temprano, para que al levantarse el regidor vea las jaulas ya vacías. Vos quedaréis, si es vuestro gusto, en un monasterio, que a mí no bastarán a detenerme ni los más altos montes ni los riesgos de la mar.

XX

Comenzaba a clarear un poco la negrura del cielo por encima de los puertos de Malagosto. Dormía todo en los cerrados palacios de la plaza de San Pablo, y en la quietud de la madrugada se oía muy distintamente el rumor del río, acrecido por las lluvias, que aquel año anticiparon el otoño. Sólo velaba en la puerta de San Juan, sobre el arco que se tendía desde la torre de los Ossorios a los adarves de la casa de los mar-

queses de Moysa, una escultura de Santa María, de negros y redondos ojos de torpato hacer campo al arrogante retador; pero Diego de Canencia, que contenía apenas su despecho, llegóse a su amigo, y le dijo al oído estas palabras:

A hora tan desusada, conmovióse la puertecilla ferrada que desde la torre de los Ossorios abría el adarve del arco de San Juan, y, con infinito cuidado, la abrieron desde dentro, procurando atenuar el ruido de los goznes; en el hueco aparecieron las figuras de Alonso de Ossorio y del halconero, los cuales, asomándose a las almenas, midieron con la vista la altura de la muralla. Diego de Canencia ató a uno de los merlones una maroma que traía, santiguóse luego y se deslizó por ella, callada y ágilmente Cabalgó Alonso en el adarve para seguir el ejemplo de su compañero, pero la oscuridad y el silencio de la noche, los riesgos que presentaba en su aventura, le hicieron dudar un momento, hasta que Diego hizo ademán de partir solo; entonces el muchacho se prendió a la cuerda y se lanzó al vacío; al pasar, en su rápido descenso, por delante de la hornacina, abierta sobre el arco, pudo ver, detrás de las celosías, la sonrisa de la Santa Imagen iluminada por su farolillo, y esta visión momentánea le confortó el ánimo y le serenó maravillosamente.

Diego de Canencia no se paró a reprender al paje por su tardanza, sino que comenzó a andar de prisa, siguiendo carabelas, que son la otra suerte que da la muralla, hasta el Azoguejo, y allí tomó el camino de Sepúlveda, entre los huertos de los arrabales, y anduvo en silencio hasta pasar el río por el puente de San Lorenzo; entonces detuvo algo el paso y comenzó a exponer sus planes a su amigo: tomarían el cordel que faldea la sierra hasta dar con el río Pirón, y luego, remontando la orilla, en contra de la corriente, llegarían a la cuerda del Malagosto, por donde podrían pasar los puertos; aquel camino era algo más largo que el de Peñalara, pero a aquella sazón más seguro, porque en la Granja de los Jerónimos y los palacios del Bosque había gente de Ronquillo que aprensaba a cuantos venían de la parte de la ciudad. Antes de puesto el sol, podrían holgadamente hollar los pastos del Val de Lozoya, y en la noche, daríanle posada los frailes de El Paular. En la Cartuja quedaría Alonso, si no quisiera seguir adelante, y Diego, al amanecer del otro día, pensaba proseguir la ruta de Sanlúcar, para embarcarse en un navío y pasar a las Indias.

El paje, que, muerto de sueño y arreído por el frío de la mañana, caminaba en silencio, enderezó la cabeza al oír estas palabras.

—¿Un navío, Diego? ¿Lo visteis vos alguna vez? ¡Debe de ser como una gran casa que camine sobre las aguas, como el arca de Noé!

—No los vi nunca—dijo el mozo—, sino en estampas; los mercaderes que vinieron de Flandes dijéronme que los hay de dos suertes; los galeones son más grandes que una iglesia, con un gran bosque de madera por arboladura; las carabelas, que son la otra suerte que me dijeron que hay, son como una casa, y más ligeras y desembarazadas; nombráronme otras especies de menos cuerpo, pero éstas no suelen hacer el viaje de las Indias.

Pisaban ya la hierba rala de la cañada de las merinas, en la falda de la sierra desnuda y peñascosa, y la niebla de la mañana aún no se levantaba, sino que se deshacían en fina llovizna. Los viajeros tornaron a su silencio y a sus pensamientos. Diego de Canencia no podía apartar el ánimo de aquello que le había obligado a abandonar las casas del regidor; los amores de doña Aldonza con el avilés; y este recuerdo le llenaba de una tristeza que nunca sintiera en su fuerte y sencillo natural. El ver así olvidada la memoria de su amigo muerto no le cau-

# LA GUERRA DE LOS ESPÍAS — POR PETER B. KYNE



AL ESCUCHAR LAS PROTESTAS DE TERENCIO REARDON SOBRE EL DESPERDICIO DEL VAPOR, EL CAPITÁN RICKS LE GRITÓ: ¡MIKE MURPHY HA ECHADO A PIQUE UN SUBMARINO! ¡HA ECHADO A PIQUE UN SUBMARINO!



EL VETERANO BAILABA DE REGOCIJO MIENTRAS CANTABA: ¡MIKE HA HUNDIDO UN SUBMARINO! ¡LO HA HUNDIDO! ¡LO HA HUNDIDO! LO ECHÓ A PIQUE, PERO FUI YO QUIEN PREPARÉ LA MANIOBRA!



LA ALEGRÍA DEL ACONTECIMIENTO PARECÍA HABERLE TRASTORNADO LOS SESOS. SALIÓ CORRRIENDO Y SE DESLIZÓ POR LA BARANDILLA DE LA ESCALERA HACIA CUBIERTA, DONDE ESTABA APOSTADO MURPHY.



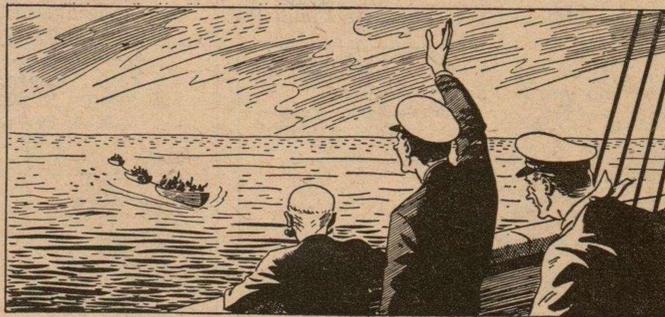
MURPHY LO ABRAZÓ EFUSIVAMENTE, Y ENTONCES LA TRIPULACIÓN QUE HABÍA ESTADO MANEJANDO EL CAÑÓN LO ALZÓ SOBRE LOS HOMBROS PARA CELEBRAR LA VICTORIA OBTENIDA EN EL PRIMER ENCUENTRO.



EL CAPITÁN RICKS GRITABA: ¡SE LOS DIJE QUE SI PODÍA, EL COMANDANTE DEL SUBMARINO SE AMORRANTARÍA SUS TORPEDOS! ¡SABÍA QUE NOS ABORCARÍA SI NOS QUEDÁBAMOS QUIETOS! ¡SON UNOS NIÑOS!



LE MANIFESTÓ A MURPHY QUE EN LA ARMADA DE LOS ESTADOS UNIDOS, CUANDO SE GANA UN COMBATE, SE LE SIRVE A TODA LA TRIPULACIÓN UNA COMIDA ESPECIAL, Y QUE ELLOS DEBÍAN HACER LO PROPIO.

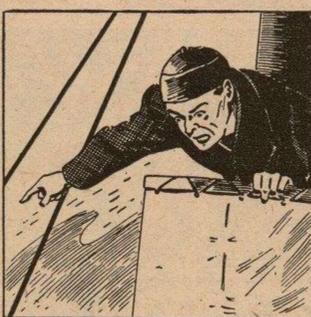


TERENCIO REARDON SUBIÓ A CUBIERTA PARA ENTERARSE DE LOS DETALLES Y CONTEMPLAR EL ACEITE DESPARRAMADO SOBRE LA SUPERFICIE DEL MAR. ¡AH, CARAMBA, ES CIERTO QUE HEMOS DERROTADO A NUESTROS ENEMIGOS Y ME

ALEGRÓ INFINITO! — EXCLAMÓ CONTENTÍSIMO, MIENTRAS MURPHY LE ORDENABA AL RESTO DE LA TRIPULACIÓN QUE ESTABA EN LOS BOTES SALVAVIDAS SIMULANDO ABANDONAR EL BUQUE, QUE REGRESARAN A BORDO PARA PROSE-



GUIR. LOS HOMBRES REGRESARON A BORDO Y EN SECUIDA EL COSTA RICA EMPEZÓ A LEVANTAR VAPOR. DURANTE LOS DOS DÍAS SIGUIENTES NO HUBO NOVEDAD ALGUNA. EL CAPITÁN RICKS ESTABA ECHANDO UNA SIESTA EN LA CUBIERTA.



PERO NO HABÍAN DE GOZAR MUCHO DE AQUELLA TRANQUILIDAD. AL OSCURECER DEL TERCER DÍA EL VICÍA AVISÓ QUE A MIL METROS DE DISTANCIA SE OBSERVABA EL PERIECOPICO DE OTRO SUBMARINO.



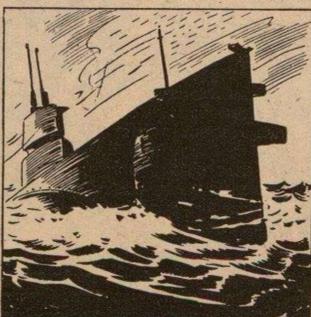
AL OIR LA ALARMA, EL CAPITÁN RICKS DESPERTÓ DE SU GRATO SUEÑO Y PUDO CONFIRMAR QUE LAS SOSPECHAS DEL VICÍA ERAN CIERTAS. ASOMBRADO, MIRÓ POR UNOS INSTANTES HACIA LONTANANZA PARA NO ENGAÑARSE.



INMEDIATAMENTE MURPHY LE TRANSMITÓ A TERENCIO LA ORDEN DE REDUCIR LA VELOCIDAD O EXPONERSE A QUE EL SUBMARINO LE DESPARRARA UN TORPEDO Y LO SECHARA A PIQUE. LENTO LE CRITÓ: «LENTO O NOS HUNDIMOS!»



AL OIR LAS INSTRUCCIONES DE MURPHY, DICADAS POR EL TUBO DE COMUNICACIÓN, TERENCIO CONTÓSTÉ QUE LAS CUMPLIRÍA, Y ACOMPAÑADO DE SUS AYUDANTES SUBIÓ A LA CUBIERTA PARA TOMAR PARTE EN LA PRÓXIMA BATALLA.



APENAS LLEGARON A LA CUBIERTA PUEDON VER EL CARCO NEGRO DEL SUBMARINO QUE SALIÓ A LA SUPERFICIE DEL AGUA Y AVANZABA VELOZMENTE CON DIRECCIÓN AL LADO DE ESTRIBOR DEL COSTA RICA.



EL CAPITÁN RICKS HABÍA SALIDO DE LA CUBIERTA Y SE HABÍA APOSTADO EN EL PUENTE, AL LADO DE MURPHY. «VEA, —DIJO MURPHY— HAN SALIDO A LA SUPERFICIE CON EL PROPÓSITO DE DESPARRAR NOS UN TORPEDO.»



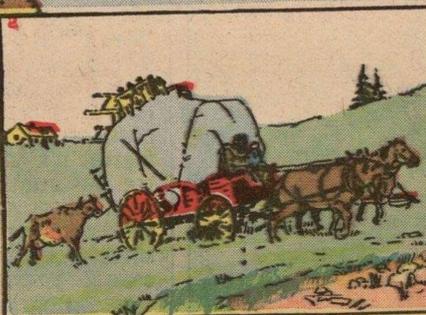
«¡SANTO CIELO!» — EXCLAMÓ RICKS UN SEGUNDO DESPUÉS, CUANDO VIÓ DESLIZÁNDOSE ENTRE EL AGUA EL TERRIBLE PROYECTIL. CUANDO REARDON LLEGÓ AL PUENTE EL TORPEDO ESTABA A PUNTO DE HACER BLANCO EN EL BUQUE.

CONTINUA EN LA PAGINA 11

# Los Conquistadores

Por LOVRIEN GREGORY y GLENN CHAFFIN

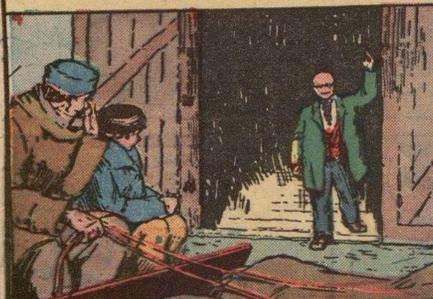
POR FIN HA LLEGADO EL DÍA EN QUE LOS SOÑADORES INICIARÁN SU JORNADA. HIGGINS Y SU HIJITO FRANK SE LEVANTARON TEMPRANO PARA UNIRSE A LA EXPEDICIÓN DIRIGIDA POR HANK SLOCUM. ¿LLEGARÁN A LA CALIFORNIA CON EL ESCASO DINERO QUE LES HA PAGADO ALDEN POR SUS MUEBLES, ANIMALES Y OTROS EFECTOS?



AL PARTIR HACIA EL OESTE DESCONOCIDO EL AGRICULTOR ABNER HIGGINS Y SU HIJITO, EL VALEROSO FRANK, REVELARON SU HEROÍSMO Y DESEO DE CONVERTIRSE EN CONQUISTADORES.



"TODO ESTÁ LISTO" —ANUNCIÓ HANK SLOCUM, QUIEN DIRIGÍA EL VIAJE. "BAJAREMOS LOS MUEBLES Y ENSERES QUE HA COMPRADO EL SEÑOR ALDEN PARA AYUDARNOS EN LA EMPRESA".



"¡PUEDES ARRIMAR LA CARRETA POR AQUÍ!" — LE DIJO ALDEN A HIGGINS CUANDO LLEGÓ CON SU PROPIEDAD PARA ENTREGARLA. "¡A SUS ÓRDENES, ALDEN, TENGO TODO AMONTONADO AHÍ!".



AUNQUE NO ERAN MUEBLES Y EFECTOS VALIOSOS EL SEÑOR ALDEN OPINABA QUE ERAN LO SUFICIENTEMENTE BUENOS PARA ÉL Y QUE PROCEDERÍA INMEDIATAMENTE A RECIBIRLOS.



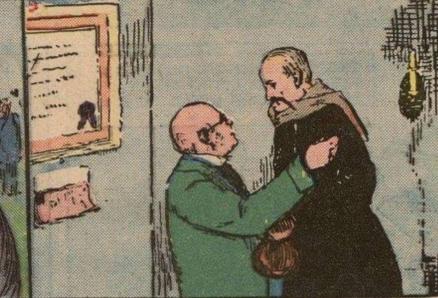
"¡FRANK, PUEDES IRTE CON HANK A LA TABERNA Y ME ESPERAN ALLÁ; DEJA AQUÍ LA MOCHILA", —REPUSO ABNER. "¡YO LA LLEVARÉ, PAPÁ, Y HANK LLEVA LA TUYA!" —DIJO FRANK.



MIENTRAS ABNER Y ALDEN TERMINABAN EL NEGOCIO DE LOS MUEBLES Y CACHIVACHES, ASÍ COMO DE LAS AVES DE CORRAL, LA GENTE EMPEZÓ A REUNIRSE EN LA TABERNA DEL PUEBLO.



"¿POR QUÉ NO VIENEN YA? —PREGUNTÓ LA PEQUEÑA SUSANA SLOCUM A SU MADRE. "YA ESTARÁN AQUÍ DENTRO DE POCO" — LE RESPONDIÓ ESTA QUE NOTABA LA IMPACIENCIA DE LA NIÑA.



"¡ESO ES TODO LO QUE PUEDO DARTÉ POR LO QUE TIENES, ABNER!" — LE DIJO ALDEN AL AGRICULTOR. "SI LOGRO VENDER LA CASA, TE MANDARÉ EL DINERO INMEDIATAMENTE."



EL TREN LLEGARÁ DENTRO DE UNOS MINUTOS Y PRONTO LOS CONQUISTADORES INICIARÁN SU JORNADA HACIA LAS TIERRAS DESCONOCIDAS, EN BUSCA DE FORTUNA Y DE FELICIDAD.



"¡AHÍ ESTÁ EL TREN! ¡CUIDADO CON ESOS PAQUETES! ¡ADIOS!"



PRIMERO TIENEN QUE IR POR FERROCARRIL HASTA PORTLAND, EN EL ESTADO DE MAINE. ¡ESE AÑO 1849 EN QUE LOS MEDIOS DE TRANSPORTE SON PESIMOS Y EL VIAJAR ES MUY PELIGROSO!



La cruz de oro incrustada de circones de Loretta Young.

## Joyas

Hollywood.

CONTINUEMOS la exposición de ideas

que sobre las últimas tendencias de la moda iniciamos con motivo de las opiniones encontradas de los diseñadores de Nueva York y Hollywood.

Tenemos que conceder que ya asoman por todas partes las primeras muestras de los vestidos sencillos y despojados de adornos que hace unas semanas vaticinara el maestro Stevenson de la sastería de Warner Brothers. Para esta indumentaria se requieren joyas y pedrería en profusión, y mientras más variado sea el surtido, mejor. Si las joyas se seleccionan con gusto, cualquier traje por inconspicuo que sea, se verá esplendoroso. Y se ha llegado al extremo de que para dar una nota de elegancia suprema es indispensable llevar tantas joyas como un potentado indú, a diferencia de otras temporadas en que se consideraba cursi lucir más de dos prendas.

Aunque muchas de las estrellas cinematográficas exhiben joyas genuinas en sus vestidos y como adornos, también se está usando la joyería de fantasía con bastante libertad. Esta pedrería artificial es tan primorosa que en apariencia no tiene nada que envidiarle a las joyas auténticas, de manera que la muchacha de recursos más limitados puede surtirse y estar siempre a la moda.

Hace noches estuve en el cabaret Coconut Grove y pude observar a Anita Louise mientras bailaba. Iba vestida de terciopelo negro y llevaba un hermoso prendedor de zafiro incrustado de diamantes y rubies, una sortija similar y una hebilla en su radiante cabellera rubia. Aquella visión me dejó fascinada, pero más tarde la propia Anita me confesó que eran joyas de fantasía nada más. Me dijo también que le encantaban las nuevas joyas de oro macizo, estilo del año 1900, y que se había comprado un brazalete de oro muy pesado y un gran racimo de uvas de oro para llevarlos con un vestido sencillo de lana negra para fiestas nocturnas.

Rubies, Zafiros y Otras Joyas de Fantasía de Precio Moderado. Usados en Hollywood.

★ Por Sara Diez

Actualmente son popularísimas las prendas de oro macizo incrustadas con grandes piedras. En los estudios Warner vi a la joven actriz Dorothy McNulty, que se ha cambiado el nombre por el de Penny Singleton, con un prendedor de oro, y sortija y brazalete incrustados de topacios claros.

Jane Bryan, otra de las artistas de Warner Brothers, me confesó ingenuamente que no podía resistir la tentación de comprar piedras y joyas de fantasía. Tiene un juego que consiste de collar, brazalete y prendedor de eslabones de oro macizo incrustados con grandes diamantes de pasta. Todas estas joyas son imitaciones de los estilos de la época de la reina Victoria de Inglaterra y de la edad media.

### EL DISEÑADOR JOSEFF

me dice que la preferencia por estas joyas de fantasía proviene de las recientes películas hechas en Hollywood en que se hacen exhibiciones de vestidos elegantes. Muchos de los pinjantes y collares que se lucen por ahí han sido copiados de las joyas diseñadas por Josef para Madeleine Carroll en la película El Prisionero de Zenda y para Greta Garbo en la cinta Conquista.

Miss Carroll compró para su uso personal un reloj de platino, incrustado de diamantes y que pende de una cadena de nácar, que había lucido en la referida película. La joya más costosa confeccionada por Josef ha sido un collar de esmeraldas falsas y diamantes de pasta en el cual se invirtió la suma de 1,100 dólares. Originalmente, este collar se hizo para Greta Garbo en la película Conquista, pero cuando la sueca se negó a ponérselo hubo que dejárselo a Lily Pons para una de sus cintas RKO-Radio.

La popularidad de las cruces de todas clases como adornos se debe sin duda alguna al crucifijo y cadena incrustados de joyas que Katharine Hepburn lució en el papel de la reina María de Escocia. Loretta Young usó una bella cruz de oro incrustada de circones en la película Esposa, Doctor y Enfermera. Le gustó tanto que encargó una igual para ella y otras para regalárselas a sus amigas.



Bosquejos de Louise



Joyas de fantasía, de arriba a abajo: Jane Bryan, con collar y brazalete de oro macizo incrustado de diamantes de pasta; Rosemary Lane con pulsera y prendedor de diseño cortado; Penny Singleton con sus joyas de oro y topacios; Anita Louise con prendedor, sortija y hebilla de zafiros en forma de estrellas.

### EL AÑO PASADO,

cuando predije

el futuro de algunas artistas jóvenes por medio del método numerológico que vengo estudiando y practicando desde hace quince años, hice varias indicaciones con respecto a cinco o seis de las muchachas que más se destacaban en el mundo de los espectáculos. Veamos hasta dónde resultaron correctos mis vaticinios.

De Simone Simon dije que necesitaba disciplinarse y que la impaciencia y las pretensiones podrían entorpecer su carrera artística. Así fué en efecto: Miss Simone sufrió unos cuantos ataques violentos de celo profesional y tardó tiempo en recobrar la calma. Para el mes de octubre hubo de modificar su genio y retornar a la normalidad con el propósito de dedicarse con perseverancia y seriedad a cultivar su arte en el presente año.

A Eleanore Whitney le aconsejé ahorrar su dinero en el 1937, porque los éxitos que tuvo en el 1936 eran el premio merecido por su labor valiosa en el cine, pero no querían decir que podía estar segura de lo mismo al siguiente año. Miss Whitney siguió el consejo con sobrada prudencia, pues en los últimos doce meses no ha estado muy activa en los estudios de Hollywood, aunque la Paramount se propone presentarla próximamente en una nueva película.

### LO que le vaticiné

a Anita Louise puede decirse que salió a pedir de boca. Opiné que en el 1937 iba a alcanzar señalados triunfos y que podía tomarse más libertades en su manera de proceder como profesional.

Por lo que he leído en los periódicos he podido comprobar que ya Anita ha dejado de ser la joven callada que aceptaba todo sin protestas, y que ahora es



# VATICINIOS DE 1938

Por Vincent Lopez

capaz de expresar sus opiniones con absoluta franqueza y hacer valer sus ideas frente a las de las demás personas. En cuanto al éxito que le profetizaba, ahí está su magnífica labor en las películas Tovarich y Primera Dana, que han sido dos de las mejores producciones de los estudios Warner en el año pasado.

En el caso de Shirley Lloyd afirmé que esta artista no debía hacer proyectos de ninguna índole para el 1937, pues temía que sucedieran acontecimientos imprevistos. Se me hace doloroso recordar que así como lo dije sucedió. Después del nacimiento del hijo de Harriet Hilliard, ésta volvió a ocupar su puesto en la orquesta de su marido Ozzie Nelson, desplazando a Shirley. Miss Lloyd se dedicó a presentaciones personales en los teatros más importantes y estaba alcanzando un éxito lisonjero, pero de repente cayó enferma y estuvo muy grave. En estos días está recuperando por completo la salud y me atrevo a recomendarle que no pierda el ánimo, ya que en el 1938 su estrella volverá a brillar en el firmamento artístico, más radiante que nunca.

El triunfo que le vaticiné a Rita Johnson cristalizó en una bella realidad hace pocos meses cuando la Metro contrató a esta joven artista para sus elencos, pagándole un alto sueldo garantizado por un número de años. A Dorothy Lamour le dije que en el mes de abril iba a conocer a ciertas personalidades cuyas decisiones afectarían profundamente su futuro destino artístico. En dicho mes del año pasado Miss Lamour fué presentada a los funcionarios supremos de una empresa que auspicia uno de los programas de radio mejores de los Estados Unidos. Inmediatamente la contrataron y le aboraron así el camino para una serie de triunfos que le permitieron obtener de Samuel Goldwyn el papel estelar de la película El Huracán, aclamada en Broadway como uno de los espectáculos cinematográficos más fabulosos del 1937-38.

ESTA vez quiero seleccionar para mis vaticinios a otro grupo de artistas jóvenes que figuran actualmente en la vanguardia de las personas más destacadas de Hollywood.

Empezaremos con Jane Bryan, nacida en Hollywood el 11 de junio de 1918. Esta muchacha ha tomado parte en varias de las producciones mejores de los estudios Warner el año pasado y puede

## El Famoso Director de Orquesta de Broadway y Perito en Numerología, Pronostica el Futuro de las Artistas

decirse que su ascenso en el firmamento cinematográfico ha sido extraordinario para una principiante.

Miss Bryan tiene grandes ambiciones, pero la del dinero y el éxito financiero eclipsa a todas las demás. Revela mayor interés en lo que le produce su trabajo que en la felicidad doméstica o en el arte dramático. Precisamente por eso no ceja en sus esfuerzos por abrirse paso hacia la cumbre ni espera obtener fácilmente, sino a costa de trabajo arduo y perseverante, los laureles a que aspira en el cine.

Creo que en el presente año no adquirirá más renombre que en el año pasado, pero sí me atrevo a asegurar que después de los papeles que haga en los primeros nueve meses de 1938 tendrá la oportunidad de conseguir la consagración como estrella. Este cambio puede ocurrir a partir de octubre próximo o en la

primavera de 1939. Sin embargo, conviene advertirle a Miss Bryan que su futuro depende de la formalidad y la disciplina que observe en el curso del presente año. Si se dispone a estudiar y aprovechar el tiempo, tiene asegurado su apogeo para el 1939. Si se abandona y trata de conseguir el éxito definitivo con demasiada prisa, puede que sus aspiraciones artísticas fracasen por completo.

La segunda artista que deseo analizar en este artículo es Nova Pilbeam, joven actriz de los elencos de la productora Gaumont-British, que nació el 12 de noviembre de 1919. En el 1938 Miss Pilbeam alcanzará sus mayores triunfos artísticos y posiblemente se convertirá en una de las primeras atracciones de taquilla del cine. Esta buena fortuna la acompañará hasta el 1939, fecha en que probablemente empezará a decaer su popularidad, aunque no definitivamente.

## Cómo se descubre más belleza

El estuche de cosméticos de las bellezas más famosas, contiene lápiz labial, colorete y polvo facial que les permite cumplir con el dictado de la moda parisién: "maquillaje natural". Consta de: Lápiz, Colorete y Polvo Tangee, porque Tangee evita ese aspecto de artificiosidad. Al aplicarse cambian de tono como por magia adaptándose, al colorido personal, prestando a labios, mejillas y tez ese tono rosado natural, tan atractivo. Ensayo en seguida estos tres artículos Tangee.

Deseándoles belleza natural y armoniosa,

Tangee

QUIZAS hoy día no exista en Hollywood una personalidad, tan atrayente y portentosa como Edna May Durbin, la chiquilla de 15 años que hizo su debut en el cine bajo los auspicios de la Universal en la cinta Los Tres Diablicos.

Deanna Durbin, que es como se la conoce en el mundo artístico, aspira a establecer su prestigio sobre bases sólidas y sin imitar a nadie. Para lograr sus propósitos le sobran el talento y la personalidad, no obstante la tendencia hacia la testarudez que ha empezado a desarrollar. Los encargados de dirigir a esta prodigiosa cantante se convencerán de que sus aptitudes son variadísimas y que puede llegar a brillar mucho en las artes dramáticas, como brilló en los últimos dos años en el mundo de la radio.

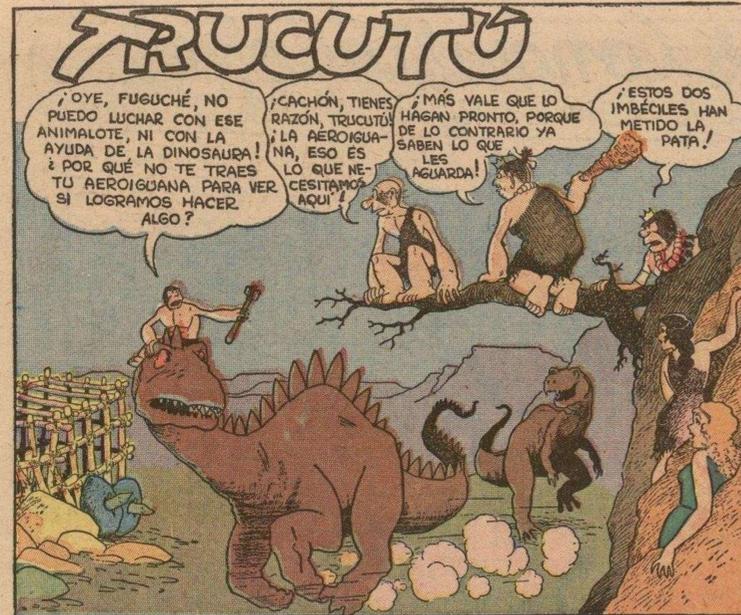
Probablemente, en el 1938 la Durbin abandonará los papeles de cantante y se dedicará, con éxito, a las interpretaciones dramáticas. Este sesgo en su carrera modificará la posición que ocupa actualmente ante el público y no la hará tan conspicua como lo fué en el 1937.

### LIMPIA BRADNA

recibió este nombre por haber nacido en el Teatro Olimpo de París el 12 de agosto de 1919. Cuando realizó su mejor labor artística fué en la cinta Almas en el Mar con George Raft, a pesar de que antes había tomado parte en otras cuatro obras.

Todo indica que esta muchacha es sumamente estudiosa y formal, y que trabaja fuertemente. Miss Bradna tiene un concepto acertado de la vida y ha aprendido a darle significancia real al esfuerzo mental y físico. Sabe muy bien que su triunfo lo encontrará en aquellas obras que inspiren y al mismo tiempo recreen al público.

Posee un gran talento para el baile y me parece que su porvenir está en las películas donde pueda combinarse satisfactoriamente, los bailables, el canto y el drama. Su espontaneidad asombrosa y el profundo vigor artístico de su personalidad le impiden salir airosa en papeles exclusivamente dramáticos, pues tiende a ilustrar e interpretar sus papeles en todas las formas posibles. Para el año presente le auguro definitivas realizaciones en el campo de la expresión y un cartel superior al que tuvo en los dos años anteriores.



### FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA LA EDAD DEL HOMBRE

ES DIFÍCIL QUE LA CIENCIA LOGRE DETERMINAR LA VERDADERA EDAD DEL HOMBRE. LA ACTUAL RAZA HUMANA PERTENECE A LA ESPECIE DEL HOMO SAPIENS, CUYO ANTECESOR PRIMITIVO FUE EL HOMBRE CROMAÑÓN, QUE APARECIÓ EN EUROPA EN LA ÉPOCA FINAL DEL PERÍODO GLACIAL, HACE UNOS VEINTE O VEINTICINCO MIL AÑOS; SE SUPONE QUE ESTE HOMBRE CROMAÑÓN NO DESCENDE DEL TIPO DE EUROPEO MÁS PRIMITIVO O SEA EL NEANDERTALIANO, SINO QUE VIÑO DE OTRO LUGAR. LOS PRIMEROS ESQUELETOS DEL HOMBRE CROMAÑÓN FUERON HALLADOS EN FRANCIA, Y ERAN LOS DE TRES HOMBRES, UNA MUJER Y UN NIÑO.

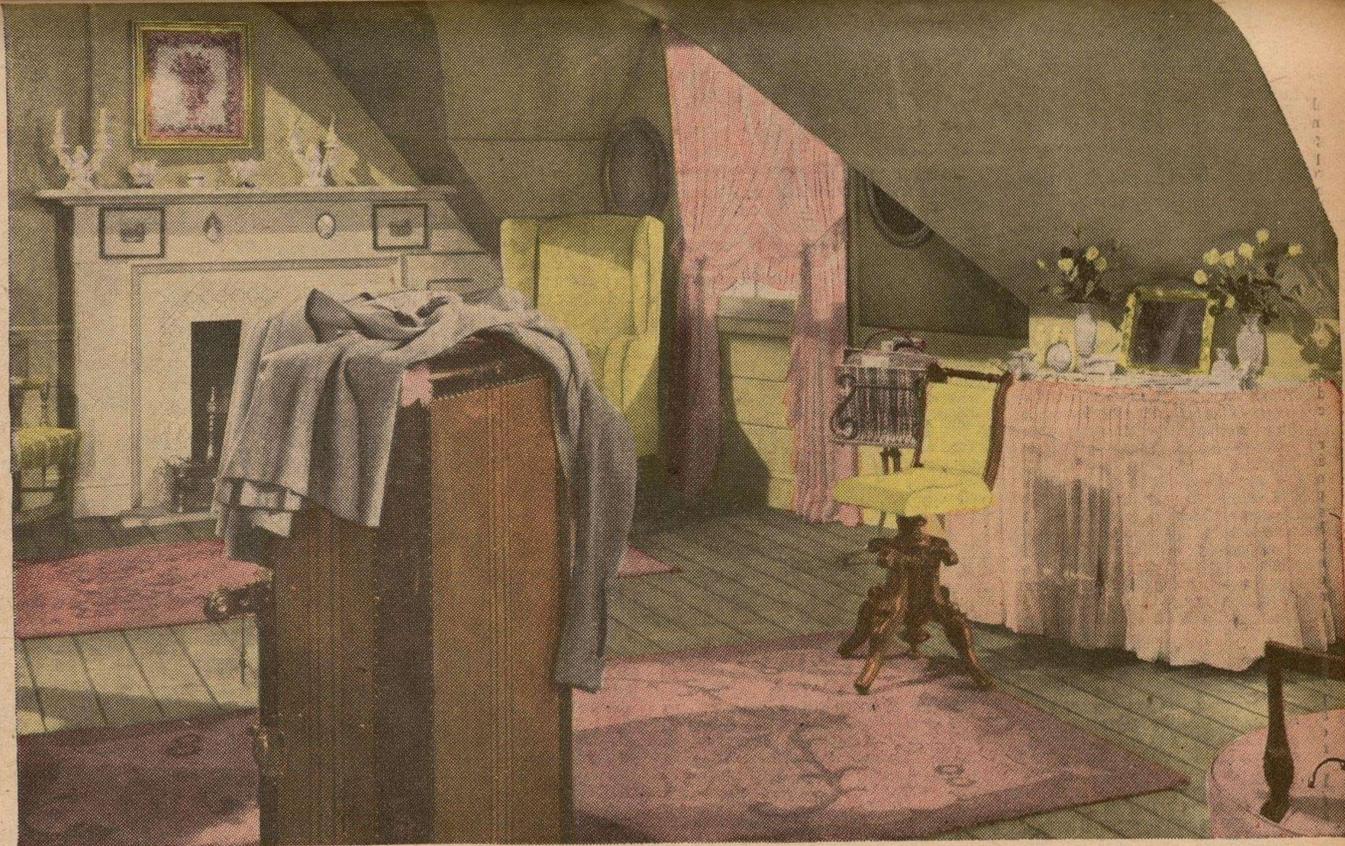
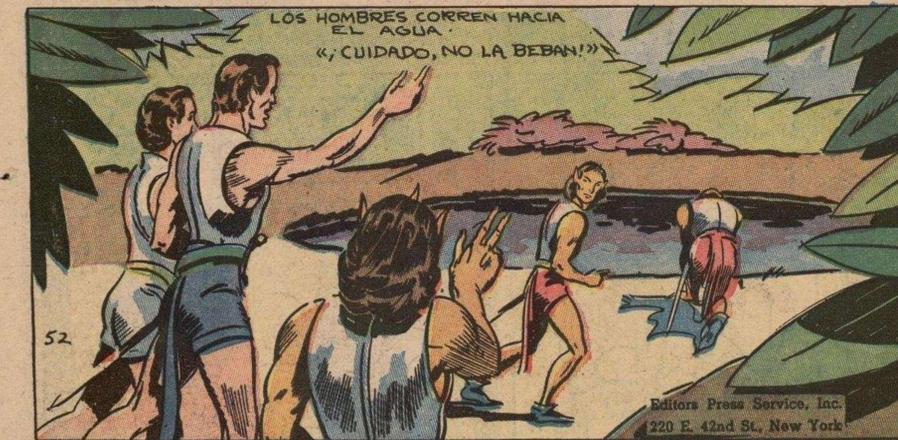


Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

# ROD RIAN

DE LA POLICIA INTERPLANETARIA

por PAUL H. JEPSON

El dormitorio de una doncella, según lo presenta la decoradora Julie Heron en la película "Follies de Goldwyn".

## Alma del Hogar

La Influencia del Cine en el Decorado Interior  
Por Ada María Duque



Hollywood. Cada vez que la dueña de casa decide cambiar la posición del sofá en la sala o poner cuadros diferentes en las paredes, lo hace hasta cierto punto influenciada por Samuel Goldwyn o alguno de los grandes productores de películas de Hollywood.

Menciono especialmente el nombre de Samuel Goldwyn, no por el prestigio tremendo de que goza entre los magnates de la industria cinematográfica, sino porque, en opinión de Julie Heron, la encargada de dirigir la presentación de las habitaciones en las películas que él hace, Goldwyn es uno de los hombres que posee conocimientos más vastos en materia de decorado entre todos sus colegas del cine.

Goldwyn dice que las habitaciones no se deben decorar ni amueblar de manera que den una impresión de frialdad, de austeridad, o de que nunca se ha vivido en ellas. Las habitaciones, declara, deben ser cómodas, alegres y humanas. Podrán presentarse de la manera más impresionante, pero nunca deben parecerse a los mausoleos. Este principio, que pudiéramos llamar la síntesis de la filosofía del alma de las habitaciones, ha servido siempre de norma a Julie Heron en su trabajo.

"Nunca—dice Miss Heron—pierdo de vista esta regla, lo mismo cuando tengo que presentar los interiores de una humilde cabaña de las islas del Pacifico, que cuando me toca hacer el magnífico salón del trono chino que aparece en la película Marco Polo o el cuarto tocador de una corista de los Follies. Para sacarle partido al decorado de una pieza es necesario tomar en cuenta el colorido y la personalidad que se le quiere dar al conjunto. Estos requisitos son esenciales para que la persona que ve una sala o un dormitorio sienta el deseo de vivir en ellos.

JULIE HERON es una mujer de delicado gusto y que sabe obtener lo que necesita para realizar el trabajo como lo concibe. Conoce a fondo los secretos de la armonización del decorado y los muebles de cualquier pieza, pero este complicado arte no lo ha aprendido en un día ni en un año, porque se viene dedicando a dicha profesión desde el 1921, fecha en que empezó sus labores como ayudante de Earl Hodge, entonces

director de decorado de los estudios Lasky. Más tarde, Miss Heron se fué a trabajar con Cecil B. De Mille y en el 1928 se unió a la empresa de Samuel Goldwyn.

Tomamos el almuerzo juntas en un salón de te de los estudios de la compañía. Se sorprendió momentáneamente cuando le dije que sus estilos de habitaciones, tal y como aparecían en las películas de Goldwyn, habían influenciado el decorado y la presentación de las habitaciones en todas partes del mundo. Entonces me contestó:

"Tal vez nosotros somos más importantes de lo que creemos ser. En el futuro, cada vez que esté decorando habitaciones recordaré lo que usted acaba de decirme. Sin embargo, quiero advertirle que no me gustan los muebles modernos, el arte surrealista o cualquier otro elemento de mera ornamentación y sin ningún propósito fundamental. Opino que la comodidad y la utilidad son los primeros requisitos del decorado y de los muebles, bien sea para habitaciones de casas de precio moderado o para habitaciones palaciegas. Créame: una puede sentirse incómoda en un palacio lo mismo que en una casa humilde. Basta con la falta de armonía de los colores o con el amontonamiento de efectos y muebles para cansarle el ánimo a cualquiera."

MISS HERON sabe exactamente qué cosas contribuyen a darle a las habitaciones un aire de familia. Por ejemplo: ceniceros, lámparas, escritorios artísticos, candelabros, vasos decorados, cuadros, revistas, bandejas, flores frescas, dibujos, pequeñas estatuas, etc.

Le preguntamos algo acerca del mejor método para amueblar y decorar las piezas de una casa de costo moderado. "Es un grave error—repuso—suponer que para amueblar una vivienda se necesitan miles de dólares. Lo más importante es proyectar en el hogar la personalidad de las personas que han de vivir en él. Los colores favoritos deben usarse con prudencia si son muy vivos, y con amplitud si son opacos. Las paredes deben pintarse de colores neutros si la habitación a que corresponden tiene alfombras alegres, muebles con forros de zarzas brillantes o cortinajes vistosos. Si estos elementos del decorado son de colores poco llamativos, entonces conviene animar las paredes con colores más vivos y alegres.

"Si es posible, deben buscarse portálamparas para lámparas de petróleo y arreglarse con pantallas apropiadas. Así se tendrá una luz suave en las habitaciones en vez de la resplandeciente electricidad. Las paredes no deben estar profusamente adornadas de cuadros o placas. Los detalles de las ventanas son indispensables. Los muebles deben obtenerse sin pintar para darles el color que más armonice con el resto de la pieza.

Los forros de los muebles, para proteger la tapicería, pueden ser de zarzas con diseños de flores. Una buena alfombra siempre realza la sala, pero hay que seleccionarla de un color armonioso. Es fácil hacer una mesa-tocador poniéndole una cubierta de organdí o zaraza a una mesa común y corriente de esas que se usan para las cocinas. Las habitaciones no deben tener exceso de muebles, pero tampoco deben verse vacías.

MISS HERON me llevó para mostrarme el decorado de la cabaña de Hazel, el personaje principal de la película Follies de Goldwyn, que está filmándose actualmente. El papel de Hazel lo interpreta la bella artista, Andrea Leeds.

"En la sala hemos usado zarzas con diseños de flores, de matices rosa mate y rosa subido, en los cortinajes y en una dos de las sillas. Hay un banco decorado de azul junto a la ventana y otro gris con cojines forrados de zaraza. La alfombra es de confección china; los gabinetes son de meple igual que los marcos de los espejos; lámparas francesas antiguas, de aceite; cortinas de malla; y multitud de efectos de uso personal, como los de escritorio.

En esta sala Miss Heron había usado flores sencillas—margaritas africanas. Los colores de la pieza son suaves y amenos, pero dan la suficiente impresión de vivacidad, lo que la lectora podrá comprobar cuando se exhiba la película en colores que se está preparando en los talleres Technicolor. El dormitorio de Hazel, cuya foto publicamos en esta página, es rosado y amarillo. Fíjese la lectora en el cubrecama de georgette amarillo y en los cortinajes de damasco rosados y amarillos. La armonía del color se observa en todos los detalles de la habitación: en los marcos de los espejos y en los cuadros, en los vasos y en los candelabros. La silla está hecha de un viejo taburete de piano.

# TOMATES Por GLADYS SWARTHOUT

Hollywood.

ENTRE ciertas personas ortodoxas y de ceño fruncido prevalece la opinión de que todo artista que se dedique a cultivar las formas más altas de la música tiene el deber de mantenerse alejado del cine, porque el contacto con el género peculiero es degradante para el arte clásico.

Así se le criticó severamente a Grace Moore que apareciera en una cinta al lado de una vaca, y Leopoldo Stokowski fué acusado de repudiar su credo artístico y su posición entre los directores de orquesta más afamados del mundo para complacer los deseos de los productores de Hollywood. Lily Pons, la diva del teatro Metropolitano de la Ópera, también fué censurada por haber tomado parte en una película en la que aparece vestida de corista. ¡Y ahora se me critica a mí porque he "descendido" del plano de la respetabilidad en el arte clásico al de las cursilerías del lienzo, apareciendo en una escena en que el público me lanza una lluvia de tomates maduros!

NO ME ACABO de explicar el fundamento de tales críticas. En primer término, las piernas de Lily Pons son suficientemente bellas para merecer que se las exhiba de vez en cuando; y en cuanto a los tomates que me disparan a mí en la película *Idilio en la Penumbra*, imagino que son el equivalente novísimo de las tortas de manzana que, en ocasiones le han lanzado al rostro a artistas del lienzo tan encopetadas como Carole Lombard. El hecho de que las víctimas de estas escenas cómicas pertenezcan al elenco de las compañías de ópera no me parece que establezca ningún privilegio de inmunidad.

A mí me parece que todos los artistas, incluso los cantantes de ópera, tienen el deber de ser humanos. Como cantante me interesa profundamente la labor de divulgación del arte musical que se ha propuesto llevar a cabo la industria cinematográfica, cuyo propósito es dar a conocer entre millones de personas las joyas clásicas que hasta la fecha sólo podía gozar la gente rica.

Los productores de películas conocen su negocio mejor que yo, y si ellos creen que conviene intercalar escenas crudas en los espectáculos musicales más importantes para variar el menú al público y dejarlo satisfecho, acepto cualquier escena de esta índole con el mismo agrado con que acepté los tomates que me propinaron en los estudios de la Paramount recientemente.

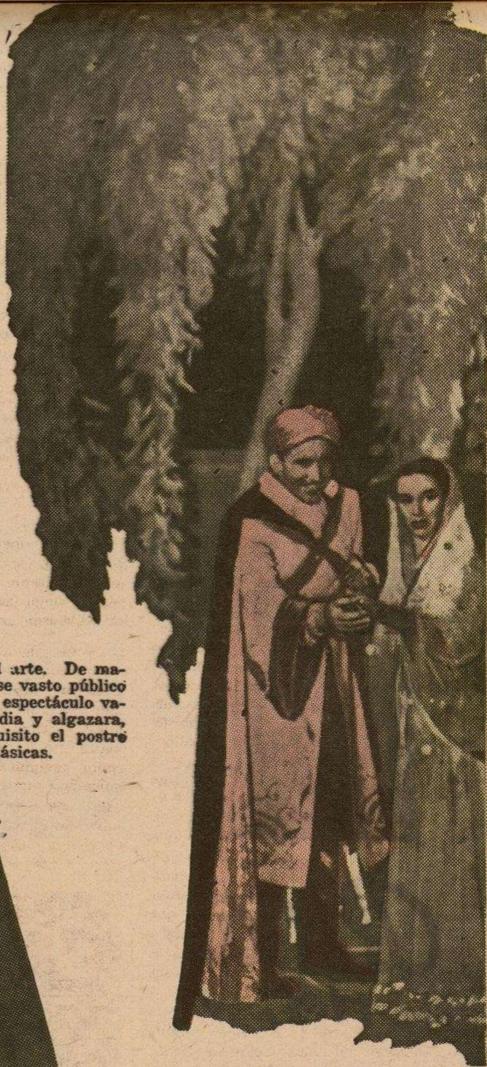
TODO el mundo tiene derecho a gozar de la buena música. Naturalmente que las personas que conocen algo del arte pueden sacarle más partido a las obras de género clásico, pero ello no quiere decir que debemos excluir al público en general de participar de este deleite, ya que si vamos a educarlo hay que empezar por ponerlo en contacto con la materia.

El cine está realizando una excelente labor para difundir las obras clásicas de la música. Sin embargo, el público tardará tiempo en acostumbrarse a los espectáculos exclusivamente musicales, y mientras tanto exige que se le den peli-

culas variadas, con una trama interesante y salpicada de un poco de humorismo.

En la película *Idilio en la Penumbra*, que he terminado de filmar recientemente en compañía de John Boles y John Barrymore, tuve que cantar once trozos musicales, nueve de ellos de carácter serio. Estoy segura que los amantes de la ópera irán a ver esta cinta sin preocuparle el hecho de que en una de las escenas me dan de tomates.

Pero el público que realmente nos interesa atraer a esta clase de películas es el que no sabe nada de ópera, porque éste se compone de millones de personas a las que podemos iniciar en la apreciación de la más alta forma del arte. De manera que para atraer a ese vasto público tenemos que ofrecerle un espectáculo variado, con ratos de comedia y algazara, dándole como plato exquisito el postre de las joyas musicales clásicas.



John Boles y Miss Swarthout, las víctimas de los tomates en la cinta "Idilio en la Penumbra".

## PUESTO que la

Introducción del género musical en el cine tiende a democratizar las más elevadas expresiones de este arte, debemos prescindir de los prejuicios ridículos del clacisismo.

Ralph Rainger, cuyas composiciones musicales son tenidas en gran estima por la crítica, comparte conmigo la opinión de que el cine está haciendo más que ninguna otra agencia para difundir los conocimientos del arte clásico entre el pueblo. Dice Rainger que muchas de las baladas y melodías populares que han sido dadas a conocer a través de las películas constituyen obras de arte puro y perdurarán junto a obras consagradas ya por la crítica.

El cine empezó por cultivar las melodías populares entre la gente joven, de 16 a 18 años, y luego ha ido extendiendo su radio de acción e introduciendo en sus grandes espectáculos las gemas más sublimes del género operático. Hoy día es enteramente posible asistir a un teatro y ver en el lienzo una película divertida, de trama interesante y variada, en la que alguna artista eminente, como Lily Pons o Grace Moore, cante seis o siete partituras célebres.

A pesar de este progreso, la buena música necesita ser difundida todavía con más amplitud entre los norteamericanos. El radio y el cine hacen mucho en este sentido, pero hay otros campos que pueden explotarse. La vulgarización de la ópera aumenta cada día más y mientras llega el momento de su apogeo es necesario colaborar en el esfuerzo constructivo que para lograr este desideratum realiza el cine.

¡Aunque nos den de tomates!

# Myra la Intrepida



LING SIN, LA MISTERIOSA REINA DEL MUNDO, QUE HA PROPAGADO LA TEMIBLE PLAGA ENTRE LAS MUJERES CHINAS, LE HA SALVADO LA VIDA A MYRA PORQUE CREE QUE LE PUEDE SER ÚTIL, Y LUEGO LA HA LLEVADO EN COMPAÑÍA DE JACK PARA MOSTRARLES LAS MARAVILLAS DE SU PALACIO SUBTERRÁNEO.

LING SIN, ES DIFÍCIL CREER QUE A POCOS DISTANCIA DE UNA GRAN CIUDAD MODERNA PUEDE EXISTIR UN PALACIO COMO ESTE.

¿LESTED ME HA SALVADO LA VIDA MILAGROSAMENTE...? ¿PODRÍA SABERSE CON QUÉ PROPOSITO?

¡BIEN! ¡CÓMO NO REGRESARÁN VIVOS AL MUNDO, SIGAN MIS PASOS!

MYRA Y JACK SIGUEN A LING SIN, PARADOS EN UNA ESCALERA MOVEDIZA.

¡NOSOTROS AHORRAMOS NUESTRAS ENERGÍAS. ESTÁS DINAMOS FUNCIONAN PROPULSADAS POR EL MOVIMIENTO PERPETUO, PORQUE SU POTENCIA SE ORIGINA EN EL CENTRO DE LA TIERRA Y PODRÁ UTILIZARSE UNIVERSALMENTE ALGÚN DÍA.

FABRICAMOS EL AIRE, LO PURIFICAMOS Y LO HACEMOS CIRCULAR POR MEDIOS ARTIFICIALES. PODEMOS DETERMINAR CUALQUIER CLIMA, HASTA EL TROPICAL, EN PLENO INVIERNO. EN EL FUTURO, ESTOS MÉTODOS PROLONGARÁN LA VIDA.

¿Y LA PLAGA DE LAS MUJERES? ¿Y SU AMBICIÓN DE DOMINAR AL MUNDO? ¿CÓMO SE EXPLICAN?

LO DE LA PLAGA ES MUY SENCILLO. PONGÁNSE ESTAS CARETAS PROTECTORAS Y LES ENSEÑARÉ VARIOS CULTIVOS DE GERMENES.

¡JAMÁS HAN VISTO COSAS SEMEJANTES, PERO NO DEBEN ALARMARSE!

¡FÍJATE HONGOS GIGANTESCOS!

¡ESTO ES UNA PESADILLA!

¡SÍ, UNA PESADILLA TERRIBLE, AUNQUE NO TAN HORROROSA COMO LOS EXPLOSIVOS QUE USAN LAS NACIONES MODERNAS EN LA GUERRA! ¡AQUÍ HAY SUFICIENTES GERMENES DE LA PLAGA MISTERIOSA PARA ANIQUILAR A TODO UN PUEBLO!

¡JACK, TENEMOS QUE ESCAPAR! ¡LING SIN ES UNA AMENAZA PARA LA HUMANIDAD!

¡SÍ, PERO ANTES TENEMOS QUE ENCONTRAR A LEW WEN!

Editor Press Service, Inc.  
220 E. 42nd St., New York

Momento en que el público le lanza una lluvia de tomates a la cantante de ópera Gladys Swarthout.

# AUNQUE PAREZCA INCREIBLE

POR JOHN HIX

**ISAAC NEWTON.**  
Uno de los más grandes hombres de ciencia, NO PUBLICÓ MUCHOS DE SUS DESCUBRIMIENTOS PORQUE DETESTABA DE LAS POLEMICAS.



**LA ABEJA TIENE PALADAR EN SUS RODILLAS!**

**EL CRISTO DE LOS ANDES**  
FUÉ LEVANTADO DE ESPALDAS A CHILE Y ESTO OCASIONÓ UNA DISPUTA CON LA ARGENTINA!

**LA CRUZ DE VICTORIA,**  
LA MÁS ALTA CONDECORACIÓN INGLESA EN HONOR AL VALOR, FUÉ CONCEDIDA UNA VEZ POR APAGAR UN FUEGO! EL SOLDADO TIMOTHY O'HEA, DEL 1er. BATALLÓN DE FUSILEROS, APAGÓ EL FUEGO EN UN TREN DE MUNICIONES EN EL CANADÁ EN 1866.



**LAS BALLENAS ENANAS DE NUEVA ZELANDIA** SOLAMENTE CRECEN HASTA MEDIR 20 PIES, MIENTRAS QUE LAS AZULES MIDEN 20 PIES DESDE QUE NACEN!

SOLAMENTE LOS EXTRANJEROS TIENEN DERECHO A JUGAR EN MONTE CARLO, CAPITAL DEL ESTADO DE MÓNACO.



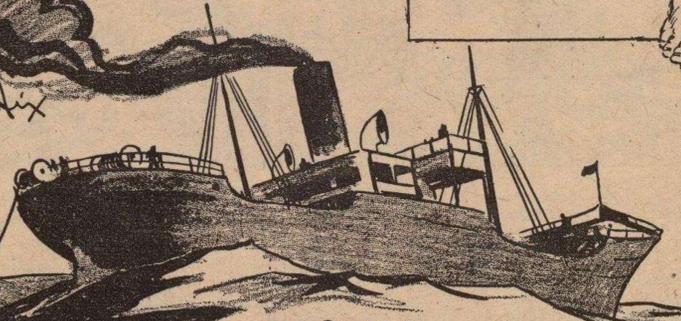
**JACK BROUGHTON**  
FUÉ CAMPEÓN DE BOXEO DEL MUNDO DURANTE 16 AÑOS...



**EL DEDO PEQUEÑO DEL PIE TIENE MÁS HUESOS QUE EL GRANDE!**

**SEA VD. EL JUEZ - (SOLUCIÓN)**  
".....INOCENTE DE ASESINATO, PERO CULPABLE DE HOMICIDIO". ESTO NOS HACE PENSAR EN LA DIFERENCIA ENTRE AMBAS COSAS: EL ASESINATO PRESUPONE QUE HA HABIDO PREMEDITACION Y MALICIA POR PARTE DEL AUTOR DEL CRIMEN, MIENTRAS QUE EN LOS HOMICIDIOS FALTA ESTE ELEMENTO AGRAVANTE.

**COMO MIDIERON EL OCEANO ATLANTICO**  
UN BUQUE TENDIÓ UN ALAMBRE DE 1264 MILLAS DE LARGO DESDE TERRANOVA HASTA LAS ISLAS AZORES PARA MEDIR LA DISTANCIA EN EL 1931.



...aba solamente indignación, sino que avivaba en su alma un sentimiento más nondo y más complicado; pero él no conoció nunca que era amor la causa de su despecho, porque eran pocos los mozos de su tiempo que no sabían de amor otra cosa que música y serenatas, gayos declres y fuego de pasión. Pensaba Alonso, entretanto, que al amanecer otro sol, se había de partir su compañero hacia tierras maravillosas de allende el mar, y él quedaría solo en el monasterio descurrido, para no salir ya de entre sus muros. El pensamiento de su sacrificio, que antes le parecía tan fácil y liviano, ahora, se colmaba, cuando se había derrumbado en su corazón la imagen de doña Aldonza, de pavor y de tristeza. Vinole entonces la idea de aplazar sus propósitos y de seguir al escudero en su arriesgado viaje; y sintió que sólo de pensarlo se le encendía el ánimo y el corazón se le alegraba; con tal violencia le arreció este deseo, que al cabo dijo a Diego de Canencia:

—No me dejéis solo en la Cartuja; llevadme con vos mañana hacia los navios.

Detúvose el escudero y abrazó a su amigo con muestras de grandísimo contento. Riendo y llorando, le dijo que nada podía decirle que tanto le alegrase: Alonso era ya un hombre y estaba en edad de probar fortuna y de correr el mundo, para lo cual él le serviría de escudero y de criado, le defendería hasta verter su sangre y lucharía hasta hacer del hijo de su señor, el más alto caballero de Castillo, rico y poderoso como un rey. Y volvería a Segovia con una larga recua cargada de oro, a continuar el linaje de Ossorio en la ciudad. Ya no se daban cuenta los dos mozos de la lluvia ni del cansancio, sino que hablaban alegremente de las riquezas de las tierras nuevas, de los ríos poblados de grandísimos lagartos, de los bosques en que pululaban animales extraños y pájaros de colores y el viento de la cañana se llevaba lejos el eco de sus voces y de sus risas.

Mediada la mañana se detuvieron a descansar un poco y a comer alguna cosa, sentados en unas peñas de la ladera; el paisaje tenía allí una punzante desolación; a un lado, la sierra, árida y mocha, sin otro verdor que el de algunas manchas de helechos o de ralos arbustos montaraces, flexibles piornos o ásperos jabinos; de otra parte, la gran llanura velada por la niebla, que dejaba vislumbrar apenas los olmos de la ermita de Vela Díez, dominando los pobres peñajares centeneros. Entre las tierras cerrién aradas, que recibían ávidamente la humedad, verdeaban los prados encharcados y los sotos de las aldeas serranas: Trescasas, Cabanillas, Espirido y Tizneros. Turbaba tan sólo el silencio solemne de la sierra el grito salvaje de un alcaraván y el plácido murmullo de un regato. De pronto los vieron sobresatados y vieron, de pie sobre un cancho, apoyado en su cayado, un pastor viejo; el mastín, de forma y corpulencia de oso, que le acompañaba, comenzó a ladrar acompasadamente.

—Cristianos—gritó el viejo en tanto que sujetaba al can por la carlanca—, si buscáis la trocha de Malagosto, no queráis pasar adelante, pues tenéis en algo vuestras vidas.

—¿Hay lobos en la Mata de Pirón?—preguntó Diego de Canencia.

—Si los hay; como ánimas en pena siguieron mi rebaño desde Extremadura. Pero no es de lobos el riesgo que os digo.

Diego y Alonso subieron al oteruelo donde el anciano permanecía, como olvidado de ellos, mirando a la llanura, con la barbilla apoyada en su cayado y tan inmóvil como el cancho que le servía de atalaya. Su cuerpo vigoroso iba cubierto de piezas de luciente cuero, como un guerrero de su armadura, y tocaba su altiva cabeza con una montesa de piel de zorra; su rostro, atezado

y encendido, resaltaba extrañamente entre la albuza de sus gudejas; a sus pies el perro, ya tranquilo, parecía mirar también con sus ojos dorados a un punto muy lejano del horizonte. Cuando los viajeros llegaron al pastor, éste les saludó apenas y comenzó a andar, ladera arriba, seguido de los mozos y del mastín. De pronto rompió el silencio de la sierra la voz agria de un zagal que cantaba, con una antigua cadencia, el viejo romance tobero:

Tan alta que va la luna el viento la meneaba, las ovejas de un pastor se salen de la majada. ¡Malditas seáis, ovejas, no venga la loba parda! En tanto que lo decía saltó, de entre unas retamas...

—A la vuelta del alcor está mi chozo—dijo el viejo—. ¿No oís agora cantar de zagales? Son los mis nietos, que están con el rebaño.

Vencida la cuesta pudieron ver, junto un arroyo, la cabaña de piornos y el ganado, del que cuidaban dos pastores mozos; dos o tres yeguas pacían la fina hierba de la orilla. Mastines labradores vinieron a su encuentro; pero el pastor viejo les sosegó con un gesto, y se volvieron molinos al rebaño.

Dentro del chozo, al calor del rescolido de una hoguera, el anciano les explicó al cabo la naturaleza del riesgo que les amenazaba. Desde algunos días antes corrían la falda de la sierra dos ballesteros a caballo, de los de Ronquillo, prendiendo y asetaando a los segovianos fugitivos que tenían la mala suerte de topar con ellos; muy de mañana les había visto entrar por el valle de Cambrones y, como no habían vuelto todavía, les aconsejó que permaneciesen

en el chozo hasta que pasaran hacia Sotosalbos, donde, estaban alojados.

—Hogarías más de dejar a cada uno que siga su camino—añadió—; pero me duele ver cómo los cristianos corren ciegos a su perdición.

Así pasaron algunas horas, en espera de ver el paso de los ballesteros de vuelta para Sotosalbos. Los dos pastores mozos se habían refugiado en el chozo y contaban, en su ruda fabla, historias ingenuas de imágenes milagrosas aparecidas a zagalas, luchas de lobos y de mastines en las noches serenas de helada, cuando brillan como brasas entre las peñas los ojos de las lobas paridas, y los machos viejos, empujados por el frío y el hambre, dejan los aulladores de Siete picos y de la Muerta para bajar al llano; con los cuentos se animaba la adormecida expresión de sus ojos infantiles, y, al sonreír, los dientes parecían en el moreno de los rostros como un relámpago de blanco. El viejo hablaba poco y oteaba siempre hacia el valle de Cambrones.

—La niebla se espesa de manera—dijo—que aunque pasen los soldados no los podremos ver; quedaos a dormir esta noche en el chozo y mañana, de madrugada, podéis pasar los puertos.

Pero la paciencia de los viajeros se había ya gastado en la larga espera, y así Diego, poniéndose en pie, replicó:

—Si nosotros no les podemos ver, ellos tampoco nos verán; esta noche dormiremos en la Cartuja.

El pastor se encogió de hombros y dijo sin mirarle:

—Harto vos dije; yo he cumplido como cristiano; el camino es claro y sin encrucijadas donde os podáis perder: se-

gala el río arriba y os llevará casi a la cuerda de Malagosto.

Alonso y Diego volvieron a pisar la hierba húmeda de las laderas, hundiéndose entre la niebla, cada vez más densa. Alonso miró a su derecha y exclamó espantado:

—¡Mirad allá, Diego! Por Santa María, que son los ballesteros del Rey.

Agrandadas por la niebla, veíanse las figuras de dos jinetes que avanzaban despaciosamente y, a la andadura de sus bestias, llegaban a muy pocas varas de los fugitivos; la hierba húmeda del valle amortiguaba el ruido de sus pasos, que se perdían en el rumor del río; los dos hombres, advertidos por el gesto del bastardo, volvieron hacia ellos sus cabalgaduras gritando:

—¡Rendíos al Rey! ¡Rendíos al Rey!

Fué una carrera loca, ladera arriba, en que los mozos parecían volar, sin ver apenas el suelo que pisaban; los ballesteros galoparon algún tiempo a sus alcances, pero pronto tuvieron que detener a sus caballos, que tropezaban en los pedruscos y en las raíces retorcidas de los jabinos, a riesgo de estrellar a sus jinetes. Los fugitivos eran ya como sombras que se perdían entre la bruma, cuando uno de los sagitarios, de pura cólera por la inútil carrera, armó su ballesta y, sin apuntar, disparó una saeta valle arriba; después sin hacer ya caso de aquel incidente, volvieron ambos los caballos y tomaron el trote hacia Sotosalbos, donde les esperaba el calor de una hoguera y el del negro vino de allende los puertos.

Pero la mano de Dios guió entre las sombras aquella saeta disparada al azar de tal suerte que pasara silbando cerca de los oídos del escudero y fuese a detener la rápida carrera de Alonso que, como un corzo, saltaba por las peñas. Sintió el muchacho como un fortísimo latigazo en el cuello, y un borbotón de sangre caliente correr sobre el hombro y derramarse por el pecho y la espalda. Su alarido de espanto guió valle, del estruendo del río que se desparaba encontrar a su compañero, y lo vió de rodillas, conteniéndose la sangre con las manos, medio muerto de terror aun más que de la herida; llegóse a él y descubrió afanosamente el daño: aun permanecía la saeta clavada en el nacimiento de la garganta, pero el hierro se había detenido al tropezar con el hueso del hombro, por lo cual fué fácil al escudero, experto en lances de guerra y montería, el arrancarla, y desgarrando sus ropas le sujetó la herida con las tiras.

Aquel vendaje, tan apresuradamente dispuesto no bastaba a contener la tibia fuente, que seguía manando a través de los lienzos; el rostro y las manos del niño tomaban la lividez del alabastro y se nublaba por momentos su mirada. Entonces el halconero sintió un ravor que le helaba la sangre en las venas; espantóse de aquella soledad, de las sombras que comenzaban a cubrir el a Diego de Canencia entre la niebla peñaba por los canchales, del frío de la muerte que sentía acercarse a ellos como un lobo que ronda su presa; enloquecido tomó en sus brazos al bastardo y comenzó a correr río abajo en busca de gente y de luz, contando con llegar a los lugares del camino real, que antes procuraba esquivar con tanto cuidado; a cada uno de sus saltos oscilaba la cabeza exámine del herido, y la sangre brotaba con más fuerza. Tan ciego corría que, hasta no tropezar con ella, no advirtió entre la niebla, la sombra de una casa, muy baja, sobre el río; al pie de tres chopos ahilados y medio secos, se detuvo un momento y, procurando ordenar sus recuerdos, conoció aquel pasaje.

—¡El molino de Pirón! ¡Loado sea Dios, que nos depara un asilo antes de que este sinventura se me desangre!

Saltó un mastín de la cija ladrando furiosamente; dominando el ladrar del



—¡Ah del que viene! ¡Seguid vuestro camino y no queráis entrar; guardaos de los dientes del can!

¡Fue aquella voz como un relámpago que iluminó la mente del escudero y le hizo ver clarísimamente, en un instante, hechos y cosas olvidadas hacía mucho tiempo, y se espantó al recordar lo que solos el regidor y él sabían que la molinera del Pirón, olvidada en aquel lugar desolado era Ana Galinda, la garbida moza burlada un día por Gonzalo de Ossorio, la madre de aquel adolescente moribundo que llevaba en los brazos.

¡No había tiempo que perder; de un salto Diego de Canencia llegó a la puerta de donde parecían las figuras de una mujer alta y apuesta y de un hombre joven con las ropas cubiertas de harina; al entrar gritó:

—Ana Galinda, dame, por tu vida, luz, un lienzo caliente y un poco de vino para curar a tu hijo, que traigo malherido.

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mis pecados! ¿Cómo te me traen ahora así?

El niño alzó un momento los párpados; pero sus grandes ojos azules no veían ya nada en la tierra; resplandecía ante ellos solamente la faz iluminada de la imagen de Santa María que le había mirado aquella mañana desde su nicho sobre la puerta de San Juan, y, sonriendo a lo que veía, el hijo de Gonzalo de Ossorio se durmió dulcemente para siempre.

ra válido al descendiente de los Ossorios que nadie se hubiera acordado de él para sacarle del taller de tuidor! Y lloró mucho tiempo, no con las lágrimas consoladoras de las grandes penas, sino con el llanto amargo de la confusión y de la vergüenza.

Y con todo, no podía maldecir aquel amor que había enturbiado el sereno cauce de su vida, ni olvidar al mal caballero, causante de todas sus desdichas, aunque sabía que todo era traición en sus hechos y mentira en sus palabras. La imagen de don Pedro de Villatoro brillaba siempre en el fondo de su corazón, conturbando sus oraciones y destruyendo el sosiego de la vida conventual; hasta en los oficios divinos, el enemigo solía representarla vivamen-

terio doña Beatriz Velázquez, su prima, y el santo recinto se alegría como en fiesta de bodas. ¡Cuán diferente sería este suceso de su entraca, un año antes, en secreto y como de huida, sin



te al avilés, unas veces armado de todas armas, altanero como un semi dios; otras, vestido de cortesanías galas, amante y rendido, como le vió en sus aposentos el día en que vino a Segovia para encenderla en el fuego de la Comunidad.

Levantó los ojos un poco de su libro para perder su mirada en el cielo azul, que sobre las frondas de oro adquiría una maravillosa claridad, y escuchar el alegre clamor de las campanas tocando a monjío; al día siguiente, de mañana, vendría a encerrarse en el monas-

música de órgano ni ruido de campanas!

Sacó a la dueña de sus pensamientos la voz de la tornera, que la anunciaba cierta visita que por ella demandaba en un locutorio; sobresaltóse doña Aldonza y se dispuso a salir; al contrario que las otras monjas, no bajaba con gusto a las gradas, sino que recibía con pena la noticia de la llegada de sus escasos visitantes. Pasó como una sombra, por los pasillos y se acomodó a las rejas que abrían a la amplia sala; a través de los

hierros pudo ver, en la penumbra de la estancia, un caballero que esperaba de pie, contemplando un retablillo de talla que pendía del muro encajado; la luz de una candela que ardía ante la imagen iluminaba la ancha frente y las nobles y finas facciones de Rodrigo Fernández Ossorio, al cual doña Aldonza no había vuelto a ver desde más de un año antes.

Acercado en los últimos meses el respeto, casi miedoso, que el hidalgo la inspiraba desde el día en que la dama entró con las galas de novia en la casa de los Ossorio, no se atrevió a hablar ni casi a mirarle, y esperó en silencio sus palabras.

El regidor la habló entonces con aquella cordialidad, con el singular agrado que, cuando quería, sabía poner en su discurso y en sus gestos; al parecer, todo mal recuerdo se había borrado de la

# SEA USTED EL JUEZ

L. A. Heine



# EL MARIDO DE MAE WEST

por José María Capo

**E**STA soltera empedernida, el más intrigante misterio de Hollywood durante tanto tiempo, lleva ya 26 años de casada. «¿El matrimonio? ¡Qué chusco! ¡eso no se hizo para mí!» Esto exclamaba en 1935 la propulsora de las formas «redondas». No sabemos si es que contaba con la discreción eterna del marido cuando le preguntaron quién era ese Frank Wallace que acababa de declararse su esposo legítimo, por medio de unos lazos bastante indisolubles que les tendieron en Milwaukee el 11 de abril de 1911. —«Jamás me casé con Frank Wallace—replicó la ondulante Mae, a quien el incomparable humorista Will Rogers llamó, no se sabe si con sus puntitos de broma, la más interesante mujer de Hollywood. —No me he casado jamás. En 1911 yo era una muchachita de calcetín corto que correteaba todos los días en las idas y venidas de la escuela».

Pero, no hay secreto que lo sea tanto, ni aún contando con la discreción de hombres que, como Frank, han cerrado el pico durante largos años. Ahora ante los tribunales de Los Angeles donde rige la terrible ley que da a los cónyuges aquellos derechos llamados «de gananciales» en la legislación española, o sea: la mitad de todo lo ganado después del matrimonio, ha tenido que retirar, palabra por palabra, las afirmaciones de que se enorgullecía su airón rutilante de soltería. Ha tenido que admitir que, efectivamente, se había casado con Frank Wallace y por consiguiente, que no era aquella muchachita de calcetín escolar en 1911. Más bien, ya estaba formadita... Pero ese Wallace ha ido más allá de las conveniencias de Mae, asegurando que en el remotísimo 1911 era una señorona bien formada, con tendencias evidentes a las curvas, que se permitía la libertad de salir de noche con los hombres, dejando —¡horroricense, señoras!— a su marido abandonado, y a veces, hasta encerrado con llave, en sus habitaciones. Todo eso ha declarado al juez este infeliz o terrible Wallace. Pero, no, no es eso solamente. Ha dicho algo más grave: ha dicho nada menos que Mae, la vampiresa, debe tener sus buenos cuarenta y seis años bien cumplidos. ¡Así: 46! ¿Os imagináis la tragedia? Cuarenta y seis años, y ¡aún creando escuela con sus curvas! ¡Ese Wallace merecía que lo colgaran!—exclamó Mae cuando oyó tan desaforada contestación. Y aún se ha permitido el muy redomado asegurar—esto por vía de prueba ante el Tribunal—que si se le quita a Mae todo el «make-up», «su Honor—¡esto lo dijo por el juez!—podrá comprobar a simple vista, que tengo toda la razón».

Wallace vive ahora en grande. Primero declaró que sólo quería vindicar su honor—¡ahora lo decía por él!—mancillado por Mae con su persistencia en desmentirle, colocándole en la situación de un chantagista o mixtificador. Luego, su abogado, un mister Sieglar, estaba dispuesto a someterse en nombre de su cliente, al rigor de la ley californiana que manda a los esposos compartir, por medidas iguales, los gananciales, mientras el vínculo matrimonial no se disuelva. De esta manera—¡vean ustedes hasta dónde llega la

generosidad de tal marido!—se dispóna a entregar a Mae la mitad de los cinco pesos que gana cada día. Ya se habrá deducido que Mae es una tigresa o cosa por el estilo. Dos pesitos cincuenta, dos durillos y medio diarios está él dispuesto a darle, con tal de que ella «elte, en un fifty and fifty equitativo—siempre de acuerdo con las leyes—, y si quiere mezclar un poquito de amor, mejor!—, todo lo que tiene o gane. La diferencia no es mucha. Mae, mal contados, según estadísticas realizadas en Hollywood, posee la respetable suma de tres millones, todos ganados después del matrimonio con Wallace. ¡Este Wallace es una fiera!

Pero, ah! ¡Mae terció en el asunto, al llegar a esta altura sentimental de los millones! Dijo, y esto ante el asombro de todo el mundo—asombro que comparo de buen grado—, que «segua siendo soltera», porque su público quiere que lo sea; que su matrimonio fué sin besos y aunque los hubiera, no hubo nada más; que nunca vivió con Wallace, antes Willyites o Szatkus, y que, a veces, usó el apellido de su esposo». Su esposo durante 26 años, volvió a la carga, asegurando que «Mae fué su mujer hecha y derecha y que lo probaría de acuerdo con las leyes y las costumbres, dando toda suerte de detalles de los tres años de matrimonio». Que él conviniere, en 1914, apartarse de su lado, y le prometiera callarse su vínculo matrimonial para no perjudicar su carrera, no es una razón para que ahora no lo diga. Mae retrucó que «¿cómo iba a ser la esposa de un señor que se apellida Szatkus, una cosa que para pronunciarse hay que aprender primero a estornudar?», a lo que, lastimado en lo más profundo de su orgullo paterno, replicó Szatkus «que entonces—o sea: en 1911—bien que le había gustado el apellido y su propietario». Pero, esto no lo es todo aún en esta tragedia shakesperiana: Mae lanzó a los vientos una cosa que su marido asegura ser una calumnia: dijo nada menos que él, auténtico Szatkus, en el uso completo de su razón, y siguiendo en posesión de su apellido, se volvió a casar en 1916 con una Miss Ray Blakosley—apellidado que también se las trae—, sin ni siquiera invitarla, y si bien ese vínculo fué disuelto en 1935, queda probado que su marido fué durante un montón de años un bigamo consumado, y la bigamia está penada con más penas que las de un gano.

Wallace—¡pero qué manera de compliarse la vida!—no ha sufrido lo más mínimo en las penas que la ley reservan a los bigamos. ¿Será verdad lo de la otra? Tal vez Zsatkus quiere capitalizar aquel desliz de Mae; por de pronto, ha recibido un ofrecimiento de 1.000 pesos semanales—ya supondréis lo que esto significa para un hombre que gana 130—para exhibirse en una compañía de «vaudeville», a título de marido de Mae West. Tiene una compañera de bailes—porque parece que este señor, baila—que posee un apellido pronunciable: se llama Tixie Le Mac. Pero, ahora, no sabemos si aceptando o rechazando los mil pesos, brota, como brotan los rabos de la tierra, otra complicación: el hombre asegura, así por su honor, que aún ama a Mae West; más; que la ama en proporciones incommensurables, pese a las trastadas que le hizo durante los tres años en que, casaditos, trabajaron juntos. Prueba al canto: hace nada más que un año, le escribió proponiéndole una reconciliación. Estaba dispuesto—¡el muy abnegado!—, a olvidarlo todo, no precisamente por el tiempo transcurrido desde que ocurrió aquello, sino para volver a su lado, a Hollywood, o a recibirla a ella en su digna buca... de New York. Wallace fué un bailarín humorista—¡ya veis cómo todo se va aclarando!—en los albores de este siglo, lo



Mae se muestra aquí con un atuendo bastante varonil y en actitud y «armamento» defensivo y agresivo: una imponente fusta. El retrato es contemporáneo de su presentación a la corte, ante la cual le «cantó» a Szatkus, el pretendido marido, las verdades más desnudas.

cual va dando a esto un saborcito de prehistoria. Sigue siendo bailarín, y que es humorista, se nota a la legua. Pero, leed este fragmento de carta, que le dirige a su esposa, que no es su esposa: «Dear Mae: Te amo aún; si vienes a mí, haré todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz. No veo por qué no poder pasar juntos y felices los últimos años de existencia» ¿Se habrá visto mayor «alte de respeto»? ¡Nada menos que insinuar que Mae está en las «últimas»!

Otro tormento ha llegado después del juicio. Los reporters—¡malas gentes todos!—afilaron el lápiz y empezaron a sacar cuentas. ¡Veamos! En 1912 declaró 20 años. Trabajaba con su marido. Resta que te resta y suma sobre suma, se comprobaban entre los 44 a 47 años. Mae es, a pesar de ello, admirable: en su vida privada ni fuma, ni bebe, ni va a fiestas, ni se la conocen desliciosas. Es lo que con frase poco respetuosa podríase llamar un cartujo-hembra. En su juventud trabajó en una compañía de árabes, y aún recuerda que, con un solo brazo, levantaba un puñado de «sheiks». Su padre era boxeador y la entrenó. Fué ella la que lanzó el shimmy, el baile del abanico, mu-

chos, muchos años antes de Gilda Gray y Sally Rand. Su madre tiene toda la atención de Mae. Estuvo perseguida por la policía debido a unas piezas atrevidas, aunque la compañía que formó para representarlas se llamaba «Morals Productions Inc.» Durante 1934 y 35, Mae figuró en el primer lugar de las listas de contribuyentes del impuesto de la renta, quedándole una utilidad líquida de más de medio millón por año. Paramount hizo tres millones con ella, en una sola película. Mae da consejos a las muchachas, acerca de la manera de conservar el amor de sus novios, particularmente en aquello de «que no deben adelgazar» porque, digan lo que quieran—¡y ella lo sabe!—a los hombres les gustan redondeaditas. Dice ella que pesa 126 libras; mide 36 pulgadas en la parte del busto, 26 de cintura, 36 de caderas y cinco pies, cuatro pulgadas de elevación. No se somete a dietas; adora los bistecks... Bueno, y ¿por qué puedo yo asegurar todo esto? Bien sencillo: todo esto, que tiene parte de tragedia grega, de comedia, de «vaudeville» y sus correspondientes particularidades humanas, ha sido declarado muy solemnemente ante el tribunal correspondiente de Los Angeles.



mente del viejo, y la niña viuda era para él lo que siempre fuera.

Como suelen hacer todos los viejos, hidalgos o pecheros, en Castilla, solamente al partirse, y como de pasada, dejó caer el regidor las palabras que más le importaba decir: las que constituían el objeto principal de su visita; y con las manos en los pestillos de la puerta volvió el rostro y dijo:

—El arcediano, vuestro tío, díome cuando venía una noticia de que quedé harto espantado: en la entrada de Tordesillas apresaron los imperiales a un caballero avilés a quien debéis omoocer, porque paró en mi casa; hallóse que era grande hereje y judaizante, y ha ardiendo en una hoguera de la Inquisición

en Burgos; le llamaban don Pedro de Villatoro y se decía señor de Cantiveros.

En la penumbra de la sala capitular, que es una muy noble cuadra, tendida de paños de Flandes, a campana tañida, como lo han por uso y costumbre, se han juntado las monjas del ilustre monasterio de San Vicente el Real para recibir en la regla de San Bernardo a doña Beatriz Velázquez, la sobrina del arcediano de Cuéllar; en el fondo de la pieza, majestuosamente apoyada en su báculo de plata, esperaba la abadesa, doña María de Mudarra, la más ilustre y poderosa dama de la ciudad; en su torno, ataviadas con sus mantos de largas caudas; se agrupan la priora, doña Beatriz de Leyva, doña Francisca de Ba-

sobre la púrpura y una intrada fría e indecisa en sus ojos azules; el condestable, magnífico señor de señorial suntuosidad en su atavío y de castellana llaneza en su trato; el almirante, vejezuelo menudo, reservado y sagaz. La ciudad les recibió alegre, porque traían la paz y, al amparo de ella, quería reanudar su vida industrial; a poco salieron del Alcázar en procesión y proclamaron, desde un cadalso de la plaza de San Miguel, el perdón Real, del cual la Majestad no exceptuaba sino a algunos pocos de los más culpables.

Entre ellas, doña Aldonza Velázquez procuraba esconder su frágil figura, inclinada hacia la tierra su rostro de marfil y sus ojos de dolorida expresión; una enfermedad extraña la consume, y las monjas suelen comentar, suspirando, que aquella santa vida, consagrada a la oración y a la penitencia, no verá quizás florecer en otra primavera los rosales del huerto.

Al cabo, la priora da con su báculo la señal de partir, y las monjas, de dos en dos, arrastran sus mantos por las losas del claustro, para esperar en el coro a la doncella que viene a compartir con ellas la tranquila vida conventual.

Ya a este tiempo cubría el camino del monasterio la comitiva de los parientes de los Velázquez, engalanados como para bodas.

Ante el arco de la iglesia, sellado en la clave con las armas reales, se detuvo la comitiva, entre los rumores de admiración de las gentes que llenaban el atrio. Descabalgó primero el arcediano y entró solo en el convento, en tanto que un hidalgo mozo, con señoril galantería, servía de escudero en el no fácil menester de apaar a la engalanada doncella; de pie en el empedrado del atrio, doña Beatriz pasó por última vez su mirada por el contorno de la ciudad dorada, con sus torres de iglesias y de palacios que iba a abandonar para siempre, y luego, con los ojos cerrados, se sumió en la sombra del templo cuyos ámbitos se llenaban con la solemne armonía del órgano.

Cuando al caer la tarde dulcísima de octubre, transcurridos como un sueño, la fiesta religiosa y el alegre festín, el arcediano don Gil Velázquez volvió a su casa de la Canonjía, parecióle por la primera vez triste y despacible su plácido retiro de erudito. Encerróse en su aposento, donde fué a postrarse a los pies de un antiguo Crucifijo que pendía del muro, y lloró el gran sacrificio consumado, la alegría de su vejez que ofreciera aquella mañana a Jesucristo Nuestro Señor.

¡Ancha Castilla, Castilla gentil, que haces los hombres y los gastas! ¡Cuán adormecido quedó tu corazón, cuán lleno de hastío y desencanto después de los delirios de la Comunidad; cuando fueron vencidos los hijos de los repobladores los ilustres caballeros, los caballeros de las ciudades! Y todavía, después de los siglos, aún no has sabido despertar.

La destrucción de los comuneros, acusados como almañanas en los lodazales de Villalar, la noble muerte de los caudillos, no dejaron siquiera mledo en los corazones ni llanto en los ojos; los más de los ciudadanos habían perdido hacia mucho tiempo su entusiasmo, desengañados ante la soberbia y la ineptitud de los capitanes y ante la libertad de los soldados; algunos triunfaban con el Rey, de cuya autoridad fueron siempre devotos; muchos aclamaban al César como hubieran aclamado a Juan de Padilla si la suerte le hubiera sido favorable. Solamente cuando el látigo de la justicia Real restalló sobre las ciudades, tan libres y altaneras en el tiempo de la Reconquista, que solían cerrar sus puertas al Rey, hubo en ellas algún bullicio y alteración; pero, acostumbados ya a la quietud y a la mansedumbre, sometieron de nuevo para siempre, vencidas ante la majestad del sol naciente, que comenzaba a deslumbrar a toda la tierra; los descontentos, abiertos tenían los anchos caminos de las Indias nuevas.

Una mañana del mes de mayo entraron en Segovia los regentes por la puerta de San Martín; el cardenal de Tordesillas, con la faz lívida y fofa destacando

Señor Rodrigo Fernández, el Rey manda que sean quitadas vuestras armas de esos escudos, en señal de traición.

Pareció turbarse un poco el magnífico viejo al oír esta palabra; pero pronto recobró ánimos para contestar sonriendo:

—El Rey no podrá borrar de las historias los hechos con que esas armas se ganaron; ni será osado de hacerlas quitar de las sepulturas de mis muertos; El tiempo que Dios sea servido de tenerme en el mundo, lucharé con el escudo liso, como caballero novel.

Una templada mañana de primavera salió el hidalgo de sus casas, caballero en su mula, sereno y compuesto, como si acudiese a sus ejercicios de altanería, saludando a las gentes que encontraba a su paso con un gesto señorial de la alta cabeza, y teniendo en la diestra su halcón bormi, de pluma pintada; le seguía Pedro Gonzalvo, el escudero, jinete en una vieja yegua, y dos mozos conduciendo sendas acémilas con los mequinos bagajes, cubiertos de ricos reposteros. Al coronar una cuesta vieja vieron que venía, en dirección a ellos, un clérigo, montado a la jineta en un poderoso macho toro y que se amparaba en un quitasol. Millán Alonso, el más mozo de los acemileros, le conoció a lo lejos:

—Allá viene el señor arcediano, de su caserío de San Chirnal.

Al poco tiempo, en el antiguo puente, sobre un hondo remanso, el hidalgo y el prebendado se encontraban y saludaban con toda cortesía; bien sabía don Gil Velázquez el rumbo que llevaba su amigo y la causa de su viaje; pero quiso fingir que lo ignoraba, y dijo festivamente:

—Harto madrugó el señor Ruy Fernández para ver sus trigos de Garcillán; por allá pase ahora, os digo que la promesa es tal que si se cumple vereis colmadas las paneras.

—No es a Garcillán el viaje, ni a San Miguel de Mayo, ni a los otros sitios donde me solía holgar, sino mucho más lejos, fuera de esta universidad y aun de los reinos de Castilla. Sus Altezas me destierran de ellas por traidor y comunero y alterador de la república.

No supo qué decir el arcediano y guardó silencio, respetando el gran dolor que adivinaba detrás del impasible aspecto de su amigo, el cual continuó hablando de esta manera:

—Voyme sin pena, don Gil de Velázquez, a morir en tierra entraña, porque en la mía ya nada me detiene; murió mi hijo, finó mi linaje en aquel nieto que de él me quedó, abatióse el orgullo de mi ciudad... Puesto que Dios ha he-

che que pueda veros, yo os ruego, señor, por la amistad que siempre nos tuvimos, que hagáis lo que ahora os diré: llegado a Segovia, entrad en la cámara que solía ocupar en mis casas y tomad un gran atado de libros y papeles que allí hay, para que con ellos escribáis una historia de mi linaje. Contad cómo vinimos a la ciudad, con el buen Rey Alfonso; cómo por casi cinco siglos la hemos mantenido y gobernado; dejar de escribir mis hechos, que poco valen, pero no los de mis pasados ni los del sinventura de mi hijo. Si así lo hacéis, yo partiré contento cuando Dios me llame a la patria que no perece, porque sabré que no se extinguirá en la ciudad la memoria de los Ossorios.

Prometió el arcanado hacer lo que se le pedía, y luego se abrazaron ambos ancianos y se despidieron serenamente, sin perder su mesura, aunque se amaba mucho y sabían que ya no habían de volver a verse; luego tomaron sus distintas vías, y Rodrigo Fernández siguió hacia poniente, camino de Portugal.

**EPILOGO**

En tanto que Castilla se olvidaba de sí misma para embeberse en contemplar cómo sujetaban al mundo las águilas del Emperador, la ciudad de Segovia deseó edificar una catedral grande y magnífica donde resonasen más ampliamente los cantos de victoria, y el orgullo de los segovianos exaltóse ante la magnitud de la empresa que había de mostrar a las gentes la riqueza y la magnificencia de su patria. Una mañana de mayo, el obispo don Diego de Ribera, dió la primera azadonada hacia la parte donde cae la puerta del Perdón, y tan enervorizados quedaron los ciudadanos, que desde el mismo día comenzaron a cavar en los cienientos y a sacar tierra de ellos, continuando el trabajo de noche a la luz de las antorchas. No quedó noble ni plebeyo que no pusiese mano en las angarillas para traer piedra para la obra, y con milagrosa rapidez, por el esfuerzo de todos, los claros hastiales se iban rematando. En el diáfano ambiente segoviano, sin cesar resonaba el latir de los cinceles que en la piedra franca labraban el adorno de baquetones y de cornisas, de gárgolas y alifacs.

En la mañana del sábado de Gloria del año en que el Papa Clemente coronó en Bolonia al señor emperador, con tanto provecho de la Cristiandad, el capitán Diego de Canencia, que volvía a Segovia para gozar tranquilamente de los dineros ganados a costa de fatigas mauditas en el Darién, entró con sus criados en la venta de la Salceda, a cuatro leguas de la ciudad, para dar un plenso a sus cabalgaduras. Era un hombre joven todavía, aunque brillasen muchas canas en sus cabellos y anduviese encorvado como un anciano; sus facciones afiladas parecían tan morenas y curtiditas que semejaban de indio bravo, y sus ojos hundidos tenían un brillo febril. Nadie reconociera la gallarda y alegre prestancia, el porte desenfadado del escudero de los Ossorios en el hidalgó aviejado que temblaba de frío, bajo sus pesadas ropas, en aquella tibia mañana de abril que desataba en los álamos la yerba savia y trocaba en regatos cantarines la nieve de la sierra.

—¿Adónde encamina el romero su jornada? ¿A Santiago de Compostela o a Montserrat, donde hace Nuestra Señora tan famosos milagros?

—No va a Santiago el romero, ni a Montserrat, sino a la patria suya y de sus padres, que dejó, hace muchos años, condenado por traidor al rey.

Pareció que volvía a hundirse en sus pensamientos; pero luego, como hablando consigo mismo, continuó:

—Era yo en mi ciudad tan honrado y poderoso que nada se proveía sin mi consejo; tuvo a raya muchas veces mi espada a los judíos; cuando formé bando con mis parientes y mis escuderos,

nadie se atrevía a oponérseme, y en la plazuela donde mi casa-fuerte se asentaba crecía la hierba, porque ninguno era osado a pisarla que no lo pagase con la vida. Dios castigó mi orgullo permitiendo que se acabase mi linaje, que me arrojasen de mi casa y de mi ciudad y que pasase mi vejez hollando el polvo de los caminos.

Atendió el capitán cada vez con más interés a la relación del viejo; pero éste no parecía darse cuenta de que le escuchaban; callaba largos espacios, y a veces interrumpía su relato para reír o llorar.

—En la ciudad de Lisboa, por unos mercaderes segovianos, supe que el cabildo había acordado levantar una nueva catedral y que los ciudadanos, tanto los caballeros como los hombres buenos, trabajaban en las obras a porfía; en-



tonces ofrecí a Nuestra Señora, en satisfacción de mis pecados, hacer a pie la vía de Segovia, para contribuir a los trabajos de su morada, aunque no sea más que llevando una teja o ayudando a los peones a vaciar los cubos de la arena o arreado el borriquillo de los albañiles. ¡No se hará obra de tanta grandeza en la ciudad sin que en ella tenga alguna parte el linaje de los Ossorios!

Al oír estas palabras la luz se hizo tan viva en la mente del indiano que quedó como deslumbrado; los recuerdos de su juventud se agolparon con tanta claridad en su memoria, que le tuvieron inmóvil por mucho tiempo, impidiéndole hablar. Borráronse para él capitán sus años de aventuras, de triunfo y de riquezas, que habían transcurrido en una embriaguez de oro y de sangre; veía solamente la casa-fuerte de San Pablo, y en ella, llenándolo todo, la figura próspera y el gesto señorial de Rodrigo Fernández Ossorio; y, cuando pudo hacerlo, arrojóse a los pies del anciano romero y le tomó las manos besándoselas muchas veces y bañándolas con sus lágrimas.

—Rodrigo Fernández, mi señor, a vuestros pies está ahora Diego de Canencia,

el escudero que os pide perdón y que le admitáis de nuevo a vuestro servicio. El anciano le miró sin sorpresa y dejó que aquel magnífico personaje le besara las manos. Como si el tiempo no hubiese pasado para él, con el mismo tono con que le mandaba antaño disponer las cabalgaduras o dorezar las aves de caza, le dijo:

Volvamos al camino, Diego; harto hemos descansado; aún nos quedan para Segovia más de tres leguas.

El escudero replicó humildemente: —No habéis de entrar así, señor, en la ciudad, sino vestido con los más ricos paños de mis arcas y caballero en la mejor de mis mulas.

Dió muestras el viejo de enojarse mucho ante aquella oferta, y preguntó desabrido a su escudero si no sabía que tenía hecha promesa de entrar a pie en

Durante todo el año, en las fiestas señaladas, alegraban las calles las procesiones de los estados, parroquias y oficios que pasaban a la catedral a dejar su ofrenda para las obras; iban los ciudadanos ataviados suntuosamente, con velas de cera blanca, de las que pendían monedas de oro y de plata, entre la música de trompetas, atabales y ministriles. El cabildo, con preste y diáconos, les recibía honoríficamente en las puertas, y luego el canónigo fabricante escribía, en su elegante letra cortesana, en los libros de fábrica, notas como éstas:

«Día de la Purificación de Nuestra Señora vinieron en procesión los monederos desde la iglesia de San Sebastián. Domingo que fué el primer día de la pascua de Spiritu Santo vinieron a ofrecer» a la obra los niños de la escuela de García de Arbolanche, muy ataviados, con sus angarillitas.

«Día del Señor San Pedro vinieron en procesión desde San Martín los señores, deán y cabildo.

«Lunes, día de Nuestra Señora de septiembre, vinieron los señores caballeros e linajes.

«En XV de agosto, que fué día de la Asunción de Nuestra Señora, vinieron a ofrecer los tundidores desta ciudad...»

Y un alegre día de estío, cuando los hidalgos y pecheros, «dramatis personae» de esta simple fábula dormían ya su tranquilo sueño en las capillas familiares o en el osario de las parroquias, la ciudad inauguró su catedral, y aquella noche encendió, en señal de regocijo, tantas hogeras y luminarias, que los pastores de las cabañas segovianas en los montes de León, vieron el resplandor y entendieron que se abrasaba todo. Esta fué la última empresa de la vieja Segovia, que resumió en ella todas sus energías y compendió todas sus grandezas. La mole bien labrada de exótica mazonería, se yergue sobre el caserío mudéjar y es como la áurea cumbre del peñón histórico.

A su amparo duerme la ciudad, como descansando de aquel gran esfuerzo, que ya nunca ha de superar, y en el cual se complace todavía. ¡Gocen de eterna paz cuantos, con su oración, con su trabajo o con sus ofrendas, cooperaron entonces a la gloria de Dios, y en el cielo rueguen por el que ahora escribe este libro para conservar su memoria entre los hombres!

FIN DE LA NOVELA «EL REGIDOR».

Quirce, San Nicolás, San Facundo, San Román y las iglesias de los arrabales se los unieron anunciando con su loco volteo la gloriosa Resurrección de Cristo Nuestro Señor.

El regidor y el indiano, de hinojos en el polvo del camino, olvidaron sus penas para elevar el corazón a Dios y darle gracias por aquella alegría nueva, por la fuerza extraña que les inundaba el alma en la hora del retorno.

.....

Por muchos años todavía palpité en el claro ambiente serrano que envuelve a la ciudad, el ruido de los cinceles sobre las piedras de la iglesia nueva; desbastaban los carpinteros los rectos pinos de Valsain y de Navarria; los herreros forjaban en elegantes rejas el hierro vizcaíno; las gubias de los imagineros tallaban los sitiales y los fascioles del coro, los retablos de las capillas. Morían unos artistas, abandonaban muchos el trabajo, buscando más ganancia en otra parte; pero otros sustituían a los muertos y a los idos, y la labor, de unas horas o de toda la vida, de aquellos hombres, iba formando el edificio que la ciudad ofrecía a Dios como una fervorosa oración de piedra y de madera, de vidrio y de metal. Muchos canónigos se sucedieron en la empresa de anotar en los libros de fábrica los maravedises que los ciudadanos aportaban para el común empeño; la dádiva de los generosos, la ofrenda de los humildes, el trabajo de los menestrales.

El fallecimiento ocurrido ha pocos meses en esta ciudad de Miguel Gutiérrez (Gutierrito), antiguo hombre de teatro y últimamente empleado en la Sección de Espectáculos de nuestro Ayuntamiento, evoca el recuerdo del estreno aquí en la Habana de La Viuda Alegre.

La bella opereta de Franz Lehar se estrenó en la Habana el año 1909 en el teatro Payret, desempeñando los principales papeles los aplaudidos artistas Esperanza Iris, Josefina Peral, Modesto Cid, Riera, Llauradó y el joven actor cómico Pancho Castillo, hijo del popularísimo y viejo artista Enrique Castillo, que tanto aplaudió el público habanero en nuestro teatro vernáculo. Pancho Castillo no tenía voz. Apenas se le oía, pero poseía, en cambio, unas manos largas y flacas que hablaban por sí solas, y caracterizó un embajador cómico y ridículo que hizo reír a todo el mundo. La obra entró en el público, como dicen los cronistas teatrales, desde las primeras escenas y desde el primer número musical, y cuando llegó el famoso vals, aquello fué el delirio. Para darse una idea del efecto que la opereta causó en el público y de la influencia que en el mismo produjeron algunos de los intérpretes de aquella, se puede citar el caso de ciertos artistas que hasta entonces habían merecido el pintoresco calificativo inter bastidores de «higados» y que, desde el estreno de La Viuda Alegre, se convirtieron, por virtud de la obra de Lehar, en «simpáticos y populares», y algunos hasta en conquistadores irresistibles, blanco de las miradas de gran parte del público femenino que llenaba la sala, siendo solicitados de continuo para que con sus mediocres elucubraciones llenaran álbumes y postales.

Recordamos un «Viuda Alegre» que vimos en un pueblo de campo representada por unos cómicos de mala muerte, azotados por el fracaso, en un escenario que se improvisó con unos tabloncillos malamente clavados sobre seis u ocho barriles vacíos, un violín, una flauta y un clarinete que tocaba el secretario del ayuntamiento y que alcanzó, sin embargo, el mejor éxito. Le pasaba a la Viuda Alegre lo que a «Caballería Rusticana», «La Gran Vía», «Juan José» y «Don Juan Tenorio». Son obras que se hacen ellas solas con sólo hacerlas.

Preguntáronle cierta vez a Mascagni, de un teatro de provincia que qué número de instrumentos musicales exigía para autorizar la representación de su caballería, y contestó:

—Con un piano y una flauta hay lo suficiente.

¡Si confiara en su música!

*Viejas postales descoloridas*



de Luxemburgo» y con «La Princesa del Dollar». Empezaron a copiarse y a popularizarse cosas de «La Viuda Alegre». El café «Maxim» le dió su nombre a no pocos cafetines de barrio y a un cine que vivió más de este nombre que de sus comodidades, porque estando al aire libre, a lo mejor un aguacero dispersaba la concurrencia. Lulú, Fifi y Margot empezaron a darles vivas a los primeros cabarets que se abrieron en la ciudad. Más de una barbería se bautizó con el nombre de «Salón Danilo», y no pocos tipos equívocos se empezaron a llamar Ana de Glavary. Llovieron las parodias teatrales: «La Viuda Triste», «El Viudo Alegre». El radio hacía poco aún que había brotado de la mente de Marconi, que si no, ¡Dios nos hubiera cogido confesados!

Puede decirse que nuestra vida, así la doméstica como la callejera, se animó inmediatamente con la música alegre de la no menos alegre viudita. A la semana de estrenarse se tocaba en todos los pianos, la tarareaba o la silbaba todo el mundo y, a veces, el hombre más grave y adusto se sorprendía, sin darse cuenta, recordando a sotto voce algunos de los motivos más populares de la encantadora opereta de Franz Lehar. Todo sabía a «Viuda Alegre». Una alegría juvenil, mundana, elegante, picaresca había invadido los espíritus. Las viudas jóvenes y bonitas empezaron a imitar a Ana de Glavary, y no hay para qué decir que surgieron Condes Danilo hasta detrás de los mostradores de las tiendas de ropa elegantes. En esta clase, sobre todo, tuvo miles de imitadores el arrogante capitán Montenegro, que volvía locas de amor a las mujeres de París y de todas las ciudades por donde pasaba. Innumerables tipos, ya caídas en el olvido, resucitaron a la vida del cartel con el estreno de la divertida opereta vienesa; su irresistible simpatía se le comunicaba a los artistas más mediocres, y empezaron a prodigarse hasta la exageración viudas y condes farandulescos por todas partes. El chorro de oro que hacía la fortuna del autor Franz Lehar se desbordaba pródigo sobre la infinidad de artistas y empresarios que se dedicaban con preferencia a la interpretación de su obra. Fué el golpe de gracia que acabó con el género chico. La opereta cómica, que después del triunfo ruidoso de «La Mascota», había vuelto a caer en el olvido, resucitó entre el alegre repique de gloria elevado en honor de «La Viuda Alegre», y volvió a apoderarse, como en sus mejores tiempos, de públicos y escenarios.

Lo mismo podría decir Franz Lehar de la de su «Viuda Alegre».

Muchas tiple cantaron aquella opereta afortunada y todas la cantaron bien.

Cuando enfocamos la memoria sobre el teatro de aquellos años, se despiertan de su letargo inúmeros recuerdos; y vemos desfilar un sin fin de arrogantes, delicadas y bellas figuras femeninas. Lola López, la Laval, Carmen Latorre, Concha Martínez, Carolina y Amelia Méndez, la Parada, la Bernar y otras «bravias» hispanas que prendieron ardientes pasiones en más de un corazón de veinte años. Ellas y ellos, al presente, todos están ya al otro lado del río...

Volvamos a La Viuda.

Después el cine la resucitó, y el público joven de los veinte años se encanta y regocija con su música, como se regocijaron y encantarón sus antepasados cuando tenían esa misma edad. Sólo que «La Viuda Alegre» de ahora viene en lata, en conserva, como la carne de Chicago, y no tiene la frescura de aquellos succulentos filetes que nos servían artistas de carne y hueso de verdad, no obstante estar condimentada la viuda cinematográfica con las finas y mejores especias, representada por la bellísima Ma. Donald y el simpatiquísimo e inimitable Mauricio Chevalier que, de estar «disponible» en la fecha del estreno de la verdadera «Viuda», hubiera sido, indudablemente, el mejor Conde Danilo entre todos los que lo interpretaron. Los directores de Hollywood han hecho una «Viuda Alegre» a su gusto;



Lo mismo podría decir Franz Lehar de la de su «Viuda Alegre».

Muchas tiple cantaron aquella opereta afortunada y todas la cantaron bien.

Cuando enfocamos la memoria sobre el teatro de aquellos años, se despiertan de su letargo inúmeros recuerdos; y vemos desfilar un sin fin de arrogantes, delicadas y bellas figuras femeninas. Lola López, la Laval, Carmen Latorre, Concha Martínez, Carolina y Amelia Méndez, la Parada, la Bernar y otras «bravias» hispanas que prendieron ardientes pasiones en más de un corazón de veinte años. Ellas y ellos, al presente, todos están ya al otro lado del río...

Volvamos a La Viuda.

Después el cine la resucitó, y el público joven de los veinte años se encanta y regocija con su música, como se regocijaron y encantarón sus antepasados cuando tenían esa misma edad. Sólo que «La Viuda Alegre» de ahora viene en lata, en conserva, como la carne de Chicago, y no tiene la frescura de aquellos succulentos filetes que nos servían artistas de carne y hueso de verdad, no obstante estar condimentada la viuda cinematográfica con las finas y mejores especias, representada por la bellísima Ma. Donald y el simpatiquísimo e inimitable Mauricio Chevalier que, de estar «disponible» en la fecha del estreno de la verdadera «Viuda», hubiera sido, indudablemente, el mejor Conde Danilo entre todos los que lo interpretaron. Los directores de Hollywood han hecho una «Viuda Alegre» a su gusto;

to; a su buen gusto, se puede decir, y respetando el argumento básico de la obra, han ampliado y mejorado muchas escenas del libreto, inventando algunas otras llenas de interés y comicidad que el público de hoy ha reído y aplaudido con entusiasmos, y que el de ayer ha recibido también con agrado en gracia al ingenio y acierto que se desprende de toda la película. En clase de «recordatorio», el cine no cabe duda que está realizando una obra de verdadero interés espiritual. Unas veces el «Conde de Montecristo»; otras, «Mada me Butterfly»; otras, el «Azul Danubio»; otras, «Eva», la otra genial opereta de Lehar, las bellezas y creaciones de aquel

pasado que los snobs motejaron de fioño y cursi vuelven a regocijar e imponerse a los espíritus turbulentos y desorientados del presente, confirmando el aserto de los que aseguran, y sobre todo lo demuestran, que el que no vivió aquella vida romántica y sosegada, no ha vivido». Hoy no se escribiría «La Viuda Alegre», sino «La Viuda... eteromana». Y a dormir los caballeros.

Recientemente una antigua y conocida casa industrial de esta ciudad ha transmitido íntegra «La Viuda Alegre» por radio, cantando la Ana de Glavary, la propia artista que la estrenó aquí en la Habana en el teatro «Payret» hace un buen número de años, como decimos al comienzo: la genial y siempre querida. Esperanza Iris. No hay para qué decir los gratos recuerdos que despertó en los radioyentes la linda opereta de Lehar; es seguro que dos terceras partes de los habitantes de la Habana la estuvieron oyendo con lágrimas en el corazón, y hasta puede que la voz de la simpática tiple mexicana haya temblado en algunos compases con inseguridad al emitir sus notas mezcladas con un leve e imperceptible sollozo de emoción...

A ella y a todos recuerda la linda opereta vienesa una época feliz en que los sesentones tenían treinta años y quince los cuarentones, y ello es lo suficiente para que les parezca a unos y a otros lo más hermoso que se haya escrito en el género.

Para los entusiastas de Esperanza, que suman miles, «La Viuda Alegre» no es ni del maestro Lehar ni del libretoista. Es «La Viuda Alegre» de Esperanza Iris...

No cabe duda, como dice no recordamos qué filósofo—seguramente chino—que cada hombre hace una sola cosa, realiza un solo acto notable en su vida: Miguel Gutiérrez estrenó «La Viuda Alegre» en la Habana.

# Culto de la RUMBA

Las Glorias del Cine No la Seducen Más Que el Baile  
Por Ludovico Sierra

Hollywood.

**V**EDA ANN BORG es alta, pelirroja y de ojos castaños. Examinela bien el lector interesado en estudiar los rasgos salientes del rostro de una mujer. No queremos usar adjetivos exagerados ni piropos. Lo que vamos a escribir es la historia de una de las pocas muchachas que no se desvela porque Hollywood no la haya declarado suprema en el arte de la seducción.

A Veda le gusta más Nueva York, y posiblemente Suecia, la tierra de sus padres. Pero más que la carrera cinematográfica y más que todo lo existente en el mundo, le gusta bailar. Los hombres que no conocen este arte no pueden aspirar a ser buenos amigos de Veda ni tendrán jamás la oportunidad de acompañarla a diversiones de ningún género.

Prefiere el baile a cualquier otro entretenimiento, y le encantan los salones públicos que a esto se dedican en los Estados Unidos. Esa es la pasión suprema de su vida: bailar es mejor que comer, y mejor que trabajar, y mejor que ir de tiendas con suficiente dinero para comprar lindos vestidos y sombreros. Su presencia en Hollywood es casi accidental, porque antes de pensar en ser artista trabajaba de modelo en Boston y estaba haciendo preparativos para estudiar el oficio de modista.

Más que los contratos para hacer películas le gustan las buenas parejas de baile, especialmente las que saben hacer la rumba cubana. Todavía no ha encontrado un hombre que baile la rumba a perfección, y hasta que colme su ilusión no podrá considerar a Hollywood otra cosa que un sitio donde se le facilita ganarse el sustento como actriz. Actualmente está contratada con los estudios Warner, pero hasta la fecha no ha podido descubrir personas que sepan bailar bien. Aunque no ha ensayado a bailar con todos los artistas, cree que éstos viven demasiado dedicados al cine y no se preocupan por mejorar la técnica de la rumba, que para ella es lo fundamental.

**EXISTEN** dos cosas que me vuelven loca,—dice— y son: primero, el baile, y después... ¡el baile! Si me dieran un buen piso para bailar, una pareja ideal y una orquesta que tocara la rumba, sería capaz de entregar todo lo que poseo en el mundo: mi dinero, mi casa, mis pieles, mis joyas y mi automóvil.

"Cuando hablo del baile no me refiero al zapateo. El zapateo es lo más desagradable que puede concebirse. Debe dejarse a los hombres, lo mismo que el ballet debe ser exclusivamente para que los niños aprendan a caminar con gracia.

"Desconocer los secretos del baile es una desgracia. Los momentos más felices de mi vida los he pasado bailando. Una vez hice un viaje a Suecia en el vapor Gripsholm, que iba cargado de compatriotas de mi papá. Yo sabía muy poco de su idioma y ellos sabían menos

inglés, de modo que lo único que podía hacer era bailar durante la travesía. ¡Bailar y bailar y bailar!

"En Goteborg hay lugares deliciosos en donde se puede bailar al aire libre con los vigorosos descendientes de los Vikings, mientras las muchachas nativas, ataviadas en trajes típicos, le sirven a las parejas copas de sabroso ponche sueco. Para mí fue una sorpresa esta costumbre del baile a la intemperie, especialmente los domingos.

"Hollywood me ha ayudado mucho a progresar en mi carrera artística, pero no me ha permitido encontrar una pareja a quien le guste tanto el baile como a mí. El día que este ideal se me presente, me consideraré feliz en Cinelandia. Una de mis secretas ambiciones es llegar a hacer algún día un papel como el de Carole Lombard con George Raft en la película Bolero."

**ES** muy posible que estas afirmaciones de Veda Ann Borg disgusten a muchos galanes de Hollywood que gozan de reputación como bailarines. Lo malo es que ningún hombre tiene fuerza de voluntad para incomodarse con esta mujer. En cuanto llega a un sitio y tiende su mirada nebulosa hacia los presentes, produce una

profunda conmoción. Contemplar su elegante silueta y la llamarada de su hermosa cabellera equivale a sentir la nostalgia del amor. ¡Es algo que no se puede evitar!

Veda nació en la ciudad de Boston el 11 de enero de 1915. Allí cursó sus estudios y después trabajó de modelo mientras aprendía a diseñar ropas. Alguien la instó a que mandara su fotografía de modelo a los estudios Paramount en Nueva York. La Paramount la mandó a buscar y le hizo la prueba fotogénica. Inmediatamente la hicieron venir a Hollywood, donde tomó parte en una película titulada Tres Vivas al Amor. Los estudios Warner se interesaron en el trabajo de la principiante y adquirieron por traspaso el contrato de la Paramount.

Probablemente, su chifladura con el baile y su total indiferencia hacia las glorias del cine, han contribuido mucho a que se convierta en una sensación. Actualmente se la considera uno de los tipos de vampiresa más peligrosos del lienzo. Orry-Kelly, el maestro diseñador de la sastería Warner, y Elmer Fryer, el fotógrafo, recibieron entusiasmados a la joven artista. Apenas la vieron, quedaron convencidos que haría buenos retratos y llevaría los vestidos con elegancia suprema.

**PASABA** casi todo el tiempo que podía en los talleres de Orry-Kelly y en el salón fotográfico de Fryer. A poco se la reconoció como una de las muchachas más hermosas—y mejor vestidas—de Hollywood.

Se sentía satisfecha de su suerte, pero no se conformaba con estar sin bailar. Todas las semanas iba con un compañero a divertirse a los cabarets y restaurantes de la ciudad, dominada por una sed insaciable de bailotear. Recordaba a Nueva York, a Boston, a Suecia, donde la gente no cesa de cultivar el arte del baile, y sentía la añoranza de sus primeras mocedades en que gozaba a su aplojo del ritmo de la rumba.

Mientras se presenta el bailarín ideal con quien ha estado soñando tanto tiempo, los estudios Warner la hacen trabajar en una diversidad de papeles. En los últimos doce meses ha figurado en los repartos de muchas producciones importantes, adquiriendo la técnica para cuando le toque interpretar papeles más fuertes. Que será pronto, sin duda alguna, a pesar de que prefiere el baile a ser otra Greta Garbo. Tomen nota, pues, los bailarines de rumba, y dirijanle las cartas ofreciendo sus servicios, al cuidado de los estudios Warner Brothers en Hollywood.

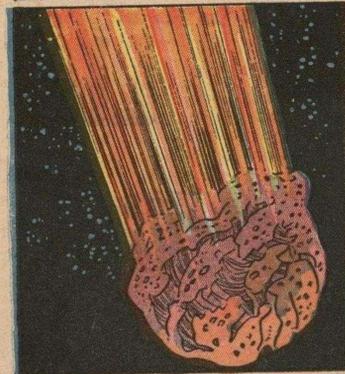


Veda Ann Borg, la pelirroja de ojos castaños y opacos, opina que bailar la rumba es preferible a ser una famosa actriz

# MARAVILLAS DEL MUNDO

## CRÁTER DE UN METEORO

ESTE FENÓMENO ESPECTACULAR, UNA DE LAS MARAVILLAS NATURALES DE LOS ESTADOS UNIDOS, OCURRIÓ EN LOS VALLES AL SUR Y AL OESTE DE WINSLOW, EN EL ESTADO DE ARIZONA.



EL CRÁTER FUE FORMADO HACE MUCHOS SIGLOS, SIN QUE SE SEPA LA FECHA EXACTA, POR UN METEORO QUE SE PRECIPITÓ SOBRE LA TIERRA.



EL CHOQUE FUE TAN VIOLENTO QUE CAUSÓ UNA EXPLOSIÓN HORROROSA, ESPARCIENDO LA MUERTE A CIENTOS DE MILLAS A LA REDONDA, Y HACIENDO POLVO MILLONES DE TONELADAS DE ROCA.



LOS DESCENDIENTES DE LOS INDIOS DE AQUELLA ÉPOCA CREEN QUE EL GRAN ESPÍRITU DESCENDIÓ EL DÍA DEL FENÓMENO

EL HOYO HECHO EN LA TIERRA MIDE HOY 4200 PIES DE DIÁMETRO Y 600 PIES DE PROFUNDIDAD. LOS BORDES SE LEVANTAN A 150 PIES SOBRE LA SUPERFICIE.



LOS PRIMEROS BARRENOS VERTICALES DESDE LA SUPERFICIE RESULTARON INFERTUOSOS. LUEGO SE DESCUBRIÓ QUE EL METEORO HABÍA CAÍDO A UN ÁNGULO Y ENTONCES SE PRÁCTICÓ UN BARRENO POR EL BORDE SUR PARA ABRIR UN TÚNEL HASTA DONDE ESTÁ EL METEORO A 1376 PIES DE PROFUNDIDAD.

### EL PROFESOR CARIÑOSO

LLEVA A ROBERTO AL CAMPO

¡PAPITO, QUIERO IR CONTIGO AL RANCHO DE TÍO JUAN!

LO SIENTO, ROBERTO, PERO NO ESTÁS BIEN DE SALUD Y ADEMÁS NO HAS QUERIDO TOMAR LA MEDICINA.

ES QUE ESA MEDICINA SABE MUY MAL Y ME DA NAÚSEAS.

ESO ES UNA EXCUSA. ERES MUY TESTARUDO.

¿QUÉ TE PASA ROBERTO?

¡AY, A-Y-Y-YAY!

PAPITO NO ME QUIERE LLEVAR AL RANCHO DE TÍO JUAN PORQUE NO ME TOMO ESE PURGANTE TAN MALO!

¡AY-Y-Y!

¡NO LLORES, ROBERTITO, QUE AQUÍ EN EL BOLSILLO TENGO UNA COSA PARA QUE TU PAPA TE LLEVE AL RANCHO!

¿DE VERRAS?

¡HOLA, PEPITA! ROBERTO ESTÁ DESCONSOLADO PORQUE NO LO LLEVAN AL RANCHO!

¡OH, PROFESOR! ESTE CHICO TIENE EL SISTEMA DESCONSOLEADO, PERO SE RESISTE A TOMAR SU LAXANTE Y ESTOY CANSADA DE OBLIGARLO.

¿OBLIGARLO? ESO NO ES LO MODERNO. LOS MÉDICOS DICEN QUE CUANDO SE OBLIGA A LOS NIÑOS A TOMAR MEDICINAS SE LES ALTERAN LOS NERVIOS Y EL ESTÓMAGO.

ENTONCES, ¿QUÉ PUEDE DARLE QUE TOMÉ?

PRECISAMENTE, AQUÍ LLEVO ALGO PARA DARLE A MI NIETO. ES LA CASTORIA DE FLETCHER, EL LAXANTE ESPECIAL PARA LOS NIÑOS QUE ES SUAVE Y NO CAUSA RETORTIJONES. ¡A ROBERTO LE GUSTARÁ TOMARLO!

¡VAMOS A VER!

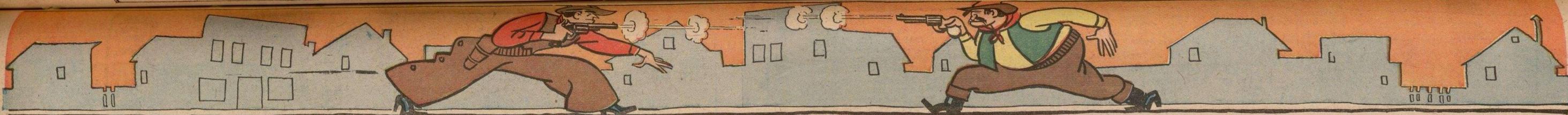
¡QUÉ BUENO ES SENTIRSE BIEN Y PODER CORRER A CABALLO!

¡GRACIAS A LA CASTORIA DE FLETCHER, PAPA!

¿LE VAS A DAR A LA NENA MI CASTORIA, PAPITO?

SÍ, ROBERTO... ¡LA NENA NECESITA TAN BUENA ATENCIÓN COMO TÚ!

LA CASTORIA DE FLETCHER ES BUENA PARA TODOS LOS NIÑOS HASTA LOS 11 AÑOS. NO LE HARÁ DAÑO AL NIÑO DE SISTEMA MÁS DELICADO. PISA EL FRASCO ECONÓMICO PARA LA FAMILIA.



Con la filmación de la obra "Una Nación en Marcha" en la que la Paramount ha invertido un millón de dólares, se inicia la resurrección de las grandes películas de vaqueros en el cine. Arriba, Frances Dee, estrella de la mencionada cinta, y derecha, Bob Baker, el vaquero-tenor y guitarrista de la productora Universal, uno de los ídolos de los muchachos norteamericanos.

## EL VAQUERO TENOR retorna al LIENZO



Las películas de vaqueros gozan de enorme popularidad en los países extranjeros donde la censura prohíbe los espectáculos de alcance político, y ahora que Hollywood ha inventado al vaquero-tenor son varias las compañías que proyectan filmar cintas glorificando al pintoresco jinete yanqui.

El vaquero-tenor más popular del mundo es Gene Autry, a quien vemos aquí en compañía de la actriz Polly Rowles.

de la matiné. Se dirá que este género de películas es absurdo. Pero también los estudios hacen las mismas cintas de más largo metraje y entonces se gastan hasta 50 mil dólares en confeccionar una obra más variada y pintoresca y que tiene todas las características de un excelente film. Estas son las cintas que hace Gene Autry y que gozan de enorme popularidad en el Oriente y en Europa, al igual que en Hispanoamérica.

Por regla general, las películas de vaqueros no tienen personajes femeninos importantes. Los vaqueros—heroes y villanos—luchan por alguna cosa que ambicionan, pero rara es la vez que la controversia gira alrededor de una mujer. Ninguna artista de renombre figura en los repartos de estas obras, cuyo propósito fundamental es sublimar la personalidad del vaquero. Ha habido algunas excepciones de la regla, como la actriz Helen Twelvetrees que ha trabajado en una cinta con Buck Jones, y Ruth, la hija de Tom Mix, que se ha hecho bastante popular por el apellido de su padre.

Necesariamente, cuando los estudios principales quieren hacer películas de vaqueros de gran espectáculo, mejoran los repartos con estrellas de renombre. Por ejemplo, la Metro presenta a Virginia Bruce con Dennis O'Keefe y a Jeanette MacDonald con Nelson Eddy, estos últimos cantantes notables y por eso figuras centrales de una obra en la que se le ofrecen al público 11 melodías.

Esta última película que hemos mencionado y que se titula Chica del Dorado Oeste, costará la friolera de un millón de dólares. Otras compañías como la Paramount y Warner Brothers están preparando cintas del mismo género que se calcula costarán sumas parecidas.

Por Sam Lukas

PROXIMAMENTE, los amantes del cine volverán a gozar de las deliciosas películas de aventuras y de vaqueros que antes constituían la atracción principal del público. Los productores de Hollywood han resuelto poner en movimiento sus interminables manadas de ganado, y restablecer el reinado de los heroes del oeste americano que en los últimos años ya sólo eran recordados por los niños.

Pero estos vaqueros modernos son verdaderos "desfacedores de entuertos" como don Quijote, y además de las pistolas y revólveres necesarios para hacerle frente a los ladrones de ganado y a los rufianes que han caído cual plaga insostenible sobre los modestos pueblillos de allende los grandes llanos, llevan consigo la imprescindible guitarra para acompañarse en sus canciones sentimentales por la novia ausente o la Dulcinea imaginaria que campea en sus ensueños. Estas baladas de vaquero son una mi-

na para las compañías cinematográficas. A pesar de las severas conminaciones de los críticos, el público soberano insiste en oírlos y en que se le canten como parte de un espectáculo genuinamente vaquero, con tiroteos y emocionantes persecuciones a caballo. En el momento en que escribimos estas líneas los estudios cinematográficos están confeccionando más de 200 películas de este género, desde obras de corto metraje que cuestan alrededor de 7,000 dólares hasta epopeyas magníficas en las que invertirán capitales hasta de un millón.

Los productores han optado por resucitar al vaquero fundándose en dos razones poderosas: la primera, que la censura de los países extranjeros no podrá encontrar en estas obras detalles de significación política que impidan la libre exhibición, y la segunda, que desde que la guitarra de doce cuerdas ha eclipsado al revólver de seis balas en el cinto del vaquero, el público ha llegado al convencimiento de que estas películas son las que más respetan el concepto corriente de la moralidad.

Por encima de tales razones, sin duda alguna, está el hecho de que las obras musicales que hasta la fecha se han ofrecido al público han tenido casi siempre por tema la vida y las experiencias de la gente de teatro. El público había aceptado este género de operetas por la novedad que veía en él, pero al cabo del tiempo se ha cansado de la misma cantaleta y ahora pide que le "cambien el disco." Al menos, así lo reconoce Darryl Zanuck, el jefe de producción de la Twentieth Century-Fox, que fué el primero en explotar en el cine los temas de opereta y de vodevil.

En efecto, Zanuck ha intentado contratar al actor Gene Autry, y lo propio hizo la Paramount, sin el menor éxito, pues Autry pertenece a los elencos de la Republic Pictures Corporation, que es la productora independiente más poderosa de la industria cinematográfica hoy día y que se dedica exclusivamente a filmar películas de vaqueros y aventuras, de largo y corto metraje.

Muy pocos de los altos funcionarios de las principales compañías peli-

culeras saben quién es Autry. Rara es la persona que ha visto sus cintas en Hollywood, y en lo que respecta a su persona jamás se le ha observado por estas latitudes.

CONVIENE señalar, sin embargo, que

Gene Autry es el actor más popular de la actualidad en este género de obras. Fué él quien inició la boga de las canciones de vaqueros en el 1934, en una película de episodios titulada El Imperio Fantasma. Desde esa vez, todos los heroes de películas de vaqueros empezaron a tomar lecciones de canto. Los que no saben cantar han perdido la popularidad o, como en el caso de Buck Jones, se dedican ahora a hacer otra clase de cintas.

Autry es el ídolo de millones de jóvenes, varones y hembras, que todavía se emocionan con las historietas de vaqueros. En las poblaciones pequeñas de los Estados Unidos y del extranjero los dueños de teatros prefieren las películas en que él representa el papel estelar, y las anuncian y presentan con más revuelo que las de Greta Garbo, Marlene Dietrich

semanales y dentro de poco estará difundiendo un programa de radio que le producirá otros 2,500 dólares a la semana. Ha escrito unas veinte canciones en total, por las cuales le pagan regalía, entre ellas una que se titula Ese Papacito Mío del Cabello Plateado, cuyas ventas pasan ya de un millón de dólares, cifra que jamás alcanzó con sus más celebradas melodías el compositor Irving Berlin. Probablemente, Autry tendrá que recomendar en breve algunos productos de consumo general, cobrando por el anuncio como hacen docenas de notabilidades, pero absteniéndose de decir nada bueno de los licores y de los cigarrillos.

Mantiene una oficina en Hollywood con cuatro secretarios que se dedican a contestar la correspondencia que recibe del público y las peticiones de fotografías que le hacen sus millones de admiradores.

El negocio de filmar películas de vaqueros es de los más lucrativos que hay. En primer lugar, las escenas se toman al aire libre, de manera que no hay que hacer fuertes inversiones de dinero para producir las obras.

El héroe llega a una población montado en su hermoso caballo, y se entera de que allí viven unos cuantos renegados y malvólos. Apenas se baja de su corcel presencia una escena que lo descomponen: a un truhán insultando a una muchacha que puede ser bien la maestra de escuela o la hija de un ranchero que en otra época era muy rico. El héroe se adelanta y rescata a la chica de las ma-

Joan Crawford. Autry recibe más cartas de sus admiradores que Clark Gable y Robert Taylor, y sus discos fonográficos se venden tres veces más que los de Bing Crosby.

La Republic Pictures Corporation le paga 1,500 dólares semanales y le ha prometido aumentarle el sueldo muy pronto. Quizás llegue el día en que gane más que William S. Hart, el famoso vaquero que en sus mejores tiempos logró ganar hasta 8,400 dólares semanales. Por las presentaciones personales que hace Autry cobra de 3,000 a 3,500 dólares



# DIARIO DE LA MARINA

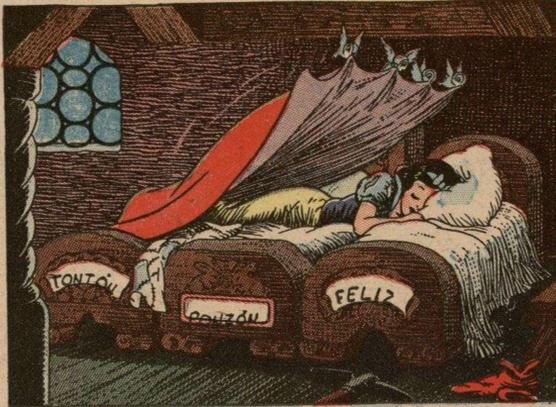
DOMINGO 20 DE FEBRERO DE 1938

## BLANCA NIEVE



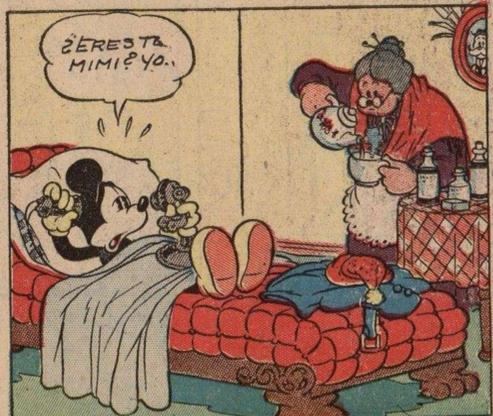
LOS SIETE ENANITOS. —  
POR WALT DISNEY

EXTENUADA CON LAS EXPERIENCIAS DEL DIA, BLANCA NIEVE SE QUEDA DORMIDA. LOS ANIMALES SE RETIRAN EN PUNTILLAS MIENTRAS UNOS PAVILLOS LA TAPAN.



## EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



# WANG-LA

Registered U. S. Patent Office

BRANDON WALSH

LOS GUERREROS DEL JEFE INDIGENA, KADARMO, REMOLCAN AL 'DELFIN' HASTA UNA CALETA, ABRIGADA CERCA DE SU PUEBLO, E INVITAN A NUESTROS AMIGOS A QUEDARSE COMO HUESPEDES SUYOS MIENTRAS ESPERAN LA LLEGADA DE UN BUQUE MERCANTE, QUE LOS AUXILIE.



¿QUE LOCURA PASAR LA NOCHE BRINCAANDO Y AU-LLANDO PARA DARNOS LA BIENVENIDA!

¿QUE LE HEMOS DE HACER? ¿SI NO SON MÁS QUE UNA CATERVA DE MO-NOS!



¡NO HABLEN ASÍ, INGRATOS! ¡ESOS MOHOS NOS HAN SALVADO LA VIDA!

¡TUS PALABRAS SON UNA SALTA LE PEL! LAS PLECIOSAS!



¡EN LETRAS LE CLO ESTÁ ESCRITO: NO LECUELES A LOS FAVOLES QUE TU HASAS, SINO LOS QUE TE HASAN A TI!

¡AHÍ VIENE EL JEFE KADARMO!



¡DESCANSEN TRANQUI-LOS, AMPARADOS POR NUESTRA AMISTAD!

¡EL SOL LE TU BON-LAL CONFOLTA NUES-TLOS COLAZONES ASALAESILOS!

¡SI!



¡KARAMBA! ¿QUE ES ESO, QUE BRILLA?

¡HAY QUE PLOSEGUIR LA CA-CELIA SIN LESCANSAL! ¡AL 'HONOLABLE KALALMO LE EN-CANTA LA CALNE LE JABA-LLASALA!



¡VENGAN, PRONTO, QUE HE ENCONTRA-DO ORO!

¡QUIETO, CAMA! ¡RADA! ¡DNIER-TETE; PERO NO ESPANTES A LOS JABALIES!



¿QUE ME KUNDAN SI ESTE CHICO NO HA EN-CONTRADO UNA MINA DE ORO? ¡SEREMOS RICOS! ¡BRAVO!

¿SOLO? ¡LOS LIJOS-LE LAS ALTULAS SIGUEN ACOL-LAN-DO SE LE NOSOTLOS!

## ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡TE DESPEDIÓ A MI ABO-GADO! ¡NO PUDE TOLERAR SUS CONSTANTES REFE-RENCIAS AL VALOR, ASTU-CIA Y SABIDURIA DE EZRA FLINT!

¡COMO SI LO OYE-RA! 'FLINT NO OVER ME', FLINT NUNCA FRACASA', ETC!



¡PAMPLINAS! ¡LLEVO EN EL BOLSILLO ALGO QUE NUNCA YERRA! ¡LO QUE HAY ES QUE LE DABA A UD. TANTO MIEDO QUE NO ESTABA UD. EN SUS CABALES!



¡A MI NO ME ABUSTA NI A LOS MIOS! ¡NOSOTROS LLEVAMOS A CABO LO QUE EMPRENDEMOS! ¡NO TIENE POR QUE PREOCUPARSE!

¡TANTO CAVI-LAR ME VUELVE LOCAL! ¿ESTA UD. BIEN SE-GURO DE LO QUE DICE?



¡SEGURISIMO! ¡A UNA SEÑAL MIS MUCHA-CHOS SIMULARÁN UNA GRAN PELEA EN LA CALLE MAYOR, PARA ENTRETENER A LOS FO-LIZONTES! ¡ENTRETAUTO UN CAMIÓN RÁPIDO ESTARÁ ESPERANDO FUERA DEL PUEBLO! ¡DURANTE LA BARAHUNDA LA VENDREMOS A BUSCAR! ¡AQUÍ LA LLEVA-REMOS VOLANDO, AL CAMIÓN!



¡Y ENTON-CES, ADIÓS, SEÑOR FLINT. ¡NO DESPE-RE!

¡POR FIN, COMIENZO A TENER ESPERANZA! ¡UNA VEZ FUERA DE ESTE MALDITO PAÍS, LO HARE A UD. RICO! ¡TENGO GRANDES PROYECTOS!

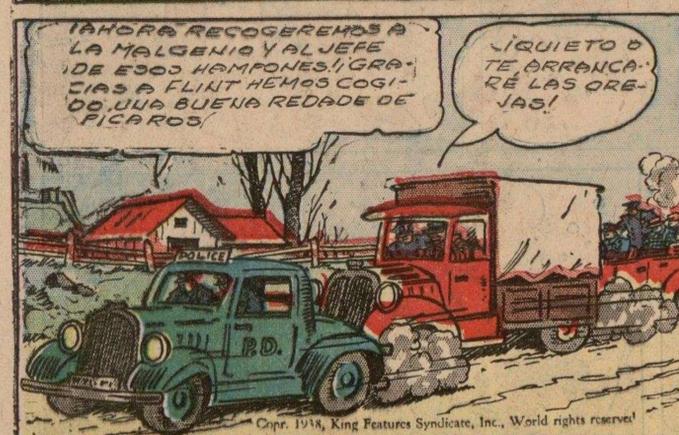


¡ME RIN-DO!

¡TERA SÓLO UNA BROMA!

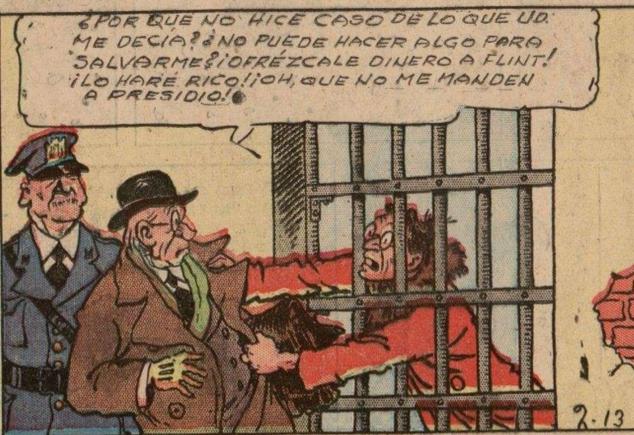
¡YO NO HACIA NADA!

¡LLEVELOS A LA JEFATU-RA!

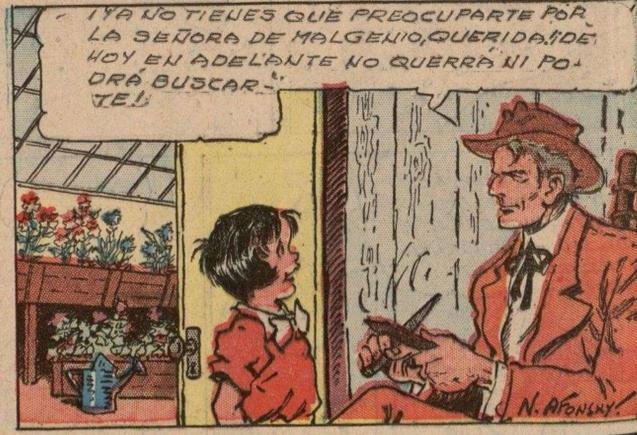


¡AHORA RECOGEREMOS A LA MALGENIA Y AL JEFE DE ESOS HAMPONES. ¡GRACIAS A FLINT HEMOS COGI-DO UNA BUENA REDADE DE FICAROS!

¡QUIETO O TE BARRANCA-RE LAS ORE-JAS!



¿POR QUE NO HICE CASO DE LO QUE UD. ME DECIA? ¿NO PUEDE HACER ALGO PARA SALVARME? ¡OFRÉZCALE DINERO A FLINT! ¡LO HARE RICO! ¡OH, QUE NO ME MANDEN A PRESIDIO!



¡YA NO TIENES QUE PREOCUPARTE POR LA SEÑORA DE MALGENIO, QUERIDA! ¡HOY EN ADELANTE NO QUERRÁ NI PO-DRÁ BUSCAR-TE!



# MODESTO RIZOS



EL SEÑOR TURÓN FRACASÓ EN SU INTENTO DE DEJARME CESAUTE



Y NOS AMENAZÓ CON FUNDAR OTRO PERIÓDICO, MAMA. ¡ESE ARTÍCULO LO PUSO FUEROSO!

AHORA TRATARÉ CON MÁS CONSIDERACIÓN A SUS INQUIETUDINAS.



PERO NOS GUARDARÁ RENCOR A NOSOTROS

NO DEBEMOS PREOCUPARNOS DE EL



SI NO SE LE OFRECE NADA MAS, SEÑOR ROS, PODRÉ IRME.

ESPERÉ, RIZOS, QUIERO QUE ESTA NOCHE VAYA A HACER LA INFORMACIÓN DE LA FIESTA DE LA SEÑORA LEÑA



ESO ES ALGO NUEVO PARA MI, PERO NO ME ABUSTA INTENTARLO!

LE VA A GUSTAR, HIJO. AUNQUE ES MENOS EMOCIONANTE QUE SER REPORTERO POLICIAL.



CONOCERÁ A ALGUNAS INTERESANTES EN EL BAILE. ¡VAYA TEMPRANO!

¡OJALÁ PUEDA HACER UNA INFORMACIÓN QUE LE GUSTÉ!



¡BUENAS NOCHES, SEÑOR TURÓN!

¡NO OSE DIRIGIRME LA PALABRA!



SOY MODESTO RIZOS, REPORTERO DE 'EL CAÑÓN', SEÑORA.

¡BIENVENIDO, SEÑOR RIZOS! LE VOY A PRESENTAR A MIS CONVIDADOS!



¿SEÑORITA TURÓN? ¿SERÁ UD. POR CASUALIDAD...?

SOY HIJA DE DON JONÁS TURÓN, SI ESO ES LO QUE DESEA UD. SABER.

## AVENTURAS DE AGUILUCHO

## Lyman Young

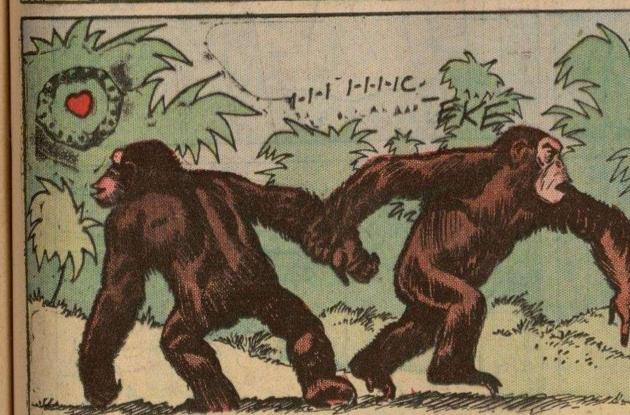


UDS. SERÁN ANIMALES INTELIGENTES; PERO A MI ME TIENEN MARRADO. ¡TOMA ESTO Y DEJAME EN PAZ!



DEBIERAS HABERLE DADO ALGO AL 'CHATO'. ¡MIRA COMO ESTÁ DE CELOSO!

¿TIENES RAZÓN, AGUILUCHO, AHORA LULÚ CREE QUE SOY SU MEJOR AMIGO! ¡LARGATE!



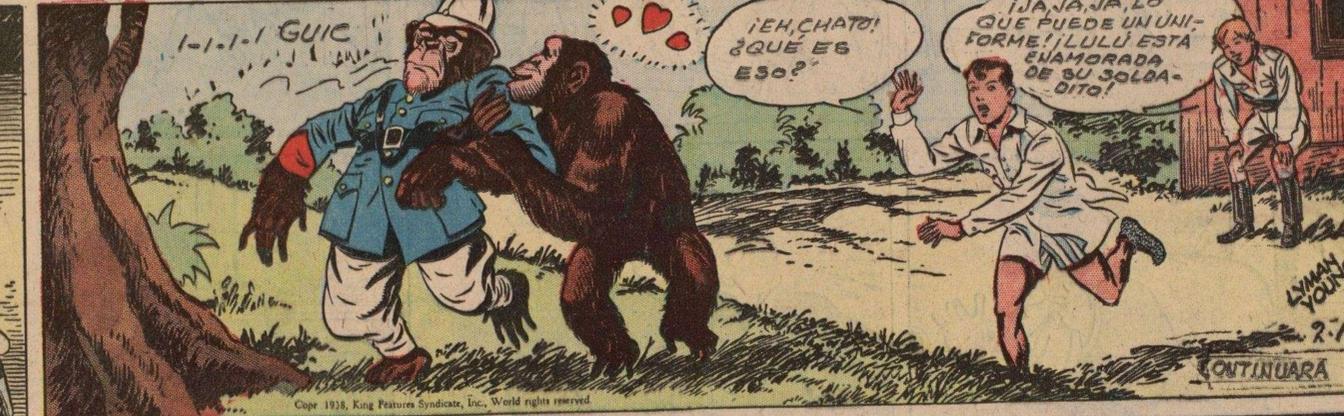
¡QUÉ ALIVIO SENTÍ CUANDO EL CHATO SE LLEVÓ A LULÚ!

¡CUIDADO, PEPE, QUE ES MUY CELOSO Y PARA VENGARSE PUEDE JUGARTE UNA BROMA PESADA!



¡CANASTOS! ¡HA DESAPARECIDO MI UNIFORME!

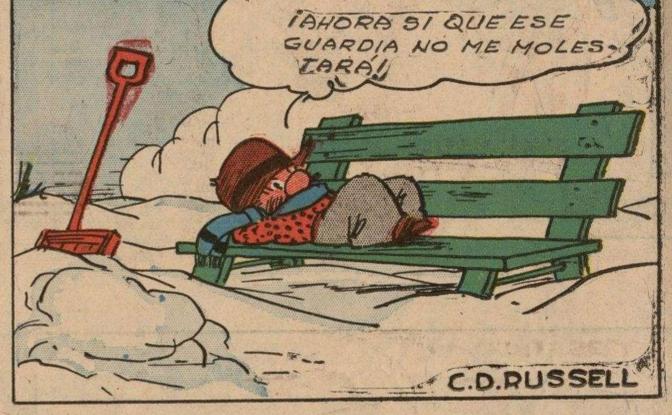
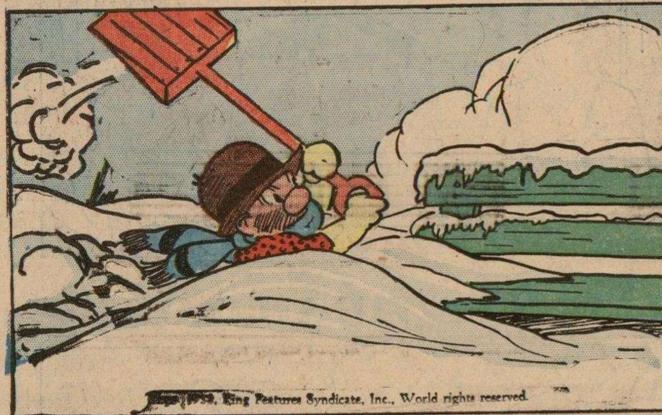
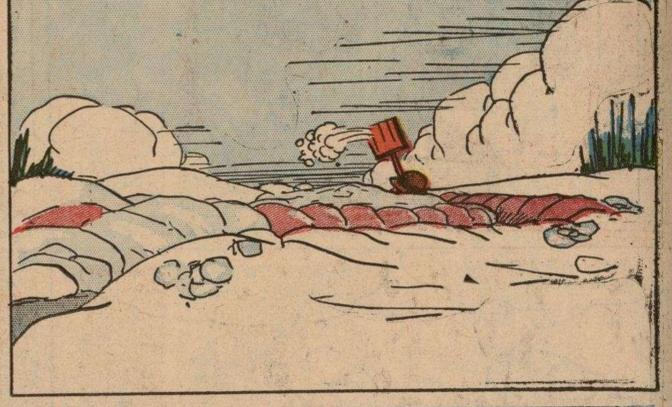
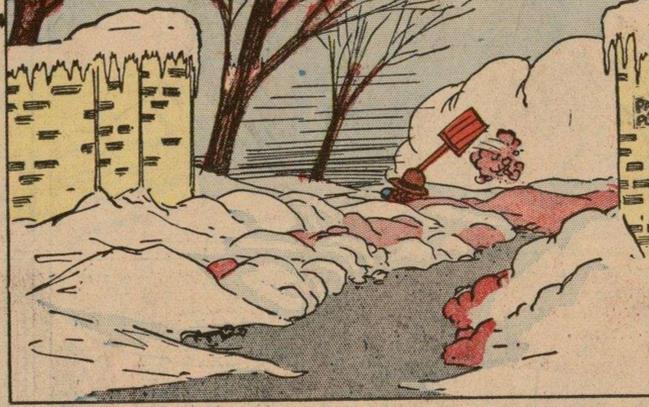
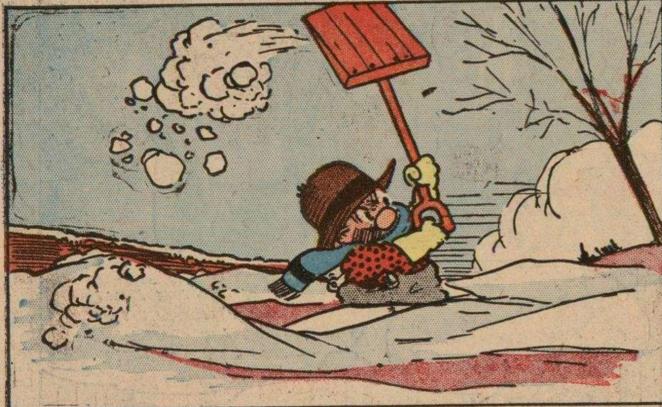
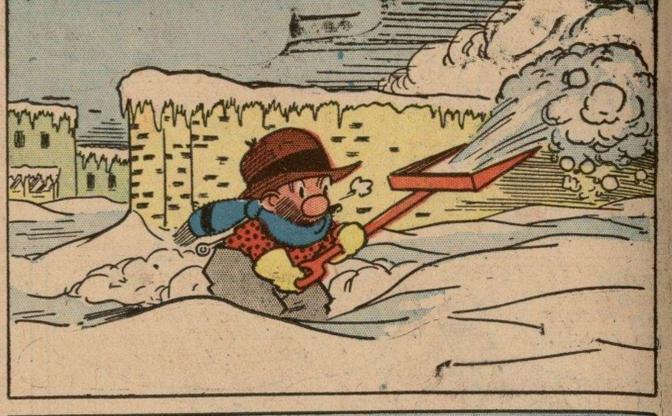
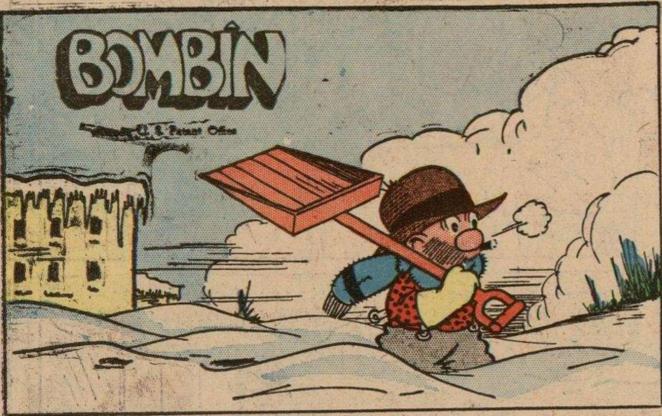
¡DESCUCHA! ¿OYES A LOS CHIMPANCÉS?



¡EH, CHATO! ¿QUÉ ES ESO?

¡JAJAJA, LO QUE PUEDE UN UNIFORME! ¡LULÚ ESTA ENAMORADA DE SU SOLDADITO!





PEDRO HARAPOS

